



IVÁN FRANKÓ

EL UCRANIANO MÁS UNIVERSAL QUE SE FUE SIN EL NOBEL



www.ivanfranko.es

IVÁN FRANKÓ

EL UCRANIANO MÁS UNIVERSAL

QUE SE FUE SIN EL NOBEL

*Volumen de primer contacto
promovido por la UNIÓN DE ASOCIACIONES
DE UCRANIANOS EN ESPAÑA PARA LA
MONUMENTALIZACIÓN DE IVÁN FRANKÓ*

*Se edita con el apoyo del
MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES DE UCRANIA*



2017

Editado por
ANDRIY YAKUBUV

ISBN: 978-84-947708-3-8
Depósito legal: V-3538-2017

Impreso en España:

REPROEXPRES, S. L.
c/ Ramón Llull, 17
46021 Valencia



ÍNDICE

Nota del Editor	7
Carta de nominación de I. Frankó al Premio Nobel de Literatura de 1916	15
Poesía	19
Canteros	21
Moisés	25
Meditaciones en la cárcel	29
Nuestro enemigo no es el hombre	31
Cristo y la cruz	33
Tierra, madre mía	35
Sólo tú eres mi verdadero amor	37
Ay, tú, chica, cerecita divina	39
Por qué te me apareces en sueños	41
El decadente	43
Conquistadores	47
Prólogo a las aventuras de D. Quijote	49
Teatro	53
La felicidad robada (escenas I y II)	55
Prosa breve	65
Cochina constitución	67
El albañil	79
Novela	89
Zajar Bérkut (capítulo IX)	91
Referencias bibliográficas	108



DR.DR.H.C. IVÁN FRANKÓ

(27 de agosto 1856 – 28 de mayo 1916)

*Fue pionero en combinar la vestimenta popular
-la camisa bordada ucraniana- con el traje,
haciendo de su imagen ejemplo de conjugación en uno
de la faceta nacional con la europea.*



NOTA DEL EDITOR

En este año 2017 se cumple el 125º aniversario de la divulgación masiva en ucraniano del *Quijote*, por obra del otro Franco en la otra Galicia...

En efecto, en el año 1882, el literato y pensador Iván Frankó publicaba en Lviv, entonces capital del Reino de Galitzia en el Imperio austrohúngaro, el libro '**LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE**'. Además de un texto introductorio sobre Cervantes y su obra, así como un poema prólogo sobre España que reproducimos aquí en su traducción a lengua castellano en la página 49, se trataba de una adaptación o reelaboración de la novela como una narración poética de 6.500 versos (que publicaba un año antes fraccionada en una revista literaria). Este libro tuvo dos reediciones en vida de Frankó: en 1899 y en 1913.

Aquello enseguida sería percibido en el mundo hispano, pues en la nota sobre Iván Frankó en la Enciclopedia Universal ilustr. Europeo-Americana (1924) ya se destacaba: «ha traducido el *Quijote*».

No obstante, el Prof. Dr. Oleksandr Pronkevych, en su artículo 'IVÁN FRANKÓ, EL DESCUBRIDOR DE CERVANTES' (2016) valora que «no es traducción en el sentido exacto de la palabra, sino un poema original basado en un estudio profundo de la novela cervantina y las críticas literarias acerca de la misma» (haciéndolo, además, desde el alemán).

Volviendo a aquella recepción enciclopédica de Frankó, el ucraniano (o ruteno) era presentado de este modo: «compenetrado de la idea nacional, sufrió a causa de su liberalismo grandes perse-

••••••••••••••••••••••••••••••••••••
cuciones por parte del gobierno...; paulatinamente fue mostrándose adepto al socialismo». De su actividad literaria, «variadísima de forma», ya se decía que «es muy extensa, abrazando la historia, literatura, sociología, etnografía, crítica literaria, etc.». En la misma nota de 1924 se apuntaba que «las *Obras completas* de Franko empezaron a publicarse en Berlín, en 1920».

Habría que esperar una treintena de años para ver publicadas las primeras traducciones de las obras de Iván Frankó en lengua castellana. Con la efeméride de su 100º aniversario, la figura de Frankó fue exaltada en el mundo, también en las esferas hispanas, por una pluralidad de literatos, desde comunistas hasta anticomunistas.

En España, el principal valedor de Frankó por el aquel entonces fue el instalado en Madrid prof. Dr. Dmytro Buchynskyj (1913-1963). En 1953, publica –tanto en la «Revista de literatura» como autoeditado– el texto 'IVÁN FRANKÓ Y LA LITERATURA ESPAÑOLA'. En este artículo, Buchynskyj presenta a su paisano como **persona**, cuyo lema se resumiría en «trabajo, libertad, felicidad»; como **escritor**, que creaba sus propias reglas en su patrimonio poético-literario; como **académico**, incansable, que colaboraba con enciclopedias y editoriales científicas de Austria, Alemania, Francia e Inglaterra, que presidía las secciones filológica y etnográfica de la Sociedad académica ucraniana de Taras Shevchenko y que fue investido, en el año 1906, doctor *honoris causa* por la Universidad de Járkiv, entonces Imperio ruso (donde, además, sus investigaciones folklorísticas fueron premiadas

mortis causa por la Academia de las Ciencias de San Petersburgo, en 1917); como **activista sociopolítico**, explicando a la vez que «nuestros escritores» (al igual que sacerdotes y sabios, dice) chocan siempre con cuestiones políticas no por agrado, pero no las pueden dejar de lado porque sería ir contra la vida misma, y que Frankó se presentó varias veces a las elecciones para los parlamentos de Viena y Lviv, denunciadas por fraudulentas; y, finalmente, como **adquiridor espiritual de otros pueblos**, que desde el estudio de la literatura e historia extranjeras, elaboraba traducciones y transformaciones, preparando «un buen plato para la mesa ucraniana», centrándose en temas sociales, filosóficos y, especialmente, en los heroicos del individuo o del pueblo que lucha contra la esclavización del espíritu humano y contra el despotismo físico.

Es en esta última faceta en la que Buchynskyj encuadra y describe el interés de Frankó por la literatura española que, además de Cervantes, pasa por Calderón de la Barca, Lope de Vega y el romancero en general. Todo en la línea de querer subrayar la necesidad de unión de todos los pueblos, precisamente mediante de sus escritores.

Como bien señalaba Buchynskyj, la adaptación de la obra cervantina por Frankó posiblemente sea -por su forma- la versión más original e interesante que existe. En ella, por otra parte, el protagonista es caballero y héroe. En palabras del propio Frankó, «el cervantino Don Quijote no es un loco, sino un idealista cegado que inició la lucha contra el duro orden del mundo real».



En el artículo de Buchynskyj sobre Frankó en la revista «POESÍA ESPAÑOLA» (1956), donde aparecen publicadas sus traducciones de dos poemas de aquel –‘Conquistadores’ y ‘Cristo y la cruz’, algo que fue reseñado por el diario «ABC» (23.09.56)–, el autor señala que «los ucranianos residentes en el mundo libre han comenzado a editar, en Nueva York, 20 tomos de sus obras en prosa y verso».

En cuanto a las voces desde el continente Suramericano, destacamos lo dicho por el literato colombiano Jorge Zalamea en 1956, en nombre del Consejo Mundial de la Paz: «Si el pueblo ucraniano comprende a los pueblos de Inglaterra, España, Francia, Italia, Norteamérica o Alemania, ello se lo debe en no pequeña medida a Iván Frankó, que dio a conocer a sus compatriotas lo mejor de la aportación de aquellos pueblos al tesoro de la cultura universal... Debemos seguir su ejemplo para no quedar con él en deuda».

En la Unión Soviética, desde Kiev y Moscú, se hicieron cuatro ediciones de obras de Iván Frankó traducidas al castellano, las cuales –sabemos– se difundieron en España al poco de su publicación. Dos de ellas son traducciones de obras completas: el drama ‘LA FELICIDAD ROBADA’ (1958) y la novela histórica ‘ZAJAR BERKUT’ (1982). Las otras dos son colecciones: ‘OBRAS ESCOGIDAS’ (1972), con poemas, prosa breve y una nueva traducción de ‘La dicha robada’; y ‘El revolucionario eterno’ (1979), con una selección de poemas, de forma bilingüe.

En los prólogos a estas colecciones soviéticas, el Dr. Ivan Bass presenta las obras como eslabón en la cadena de la amistad entre los pueblos, y

Dmytro Pavlychko califica a Frankó como una «antorchas de toda la Humanidad», al tiempo que advierte que su poesía no puede ser sentida al enfocarla en un plano antológico, más cuando de los 50 tomos de obras de Iván Frankó, que desde 1976 realizaba la Academia de las Ciencias de la RSS de Ucrania, la poesía abarca trece volúmenes de unas 500-600 páginas cada uno.

Compartiendo esta advertencia, matizamos que aquí solo introducimos la faceta literaria de Frankó, obviando su magna labor periodística, editora e investigadora, así como filosófica.

En este punto, señalar como curiosidad, que según el '*Diccionario filosófico abreviado*' (1959) de Montevideo, el ucraniano era demócrata y nunca se unió al marxismo, pero «los pueblos de la Unión Soviética honran la memoria de I. Franko»...

Como apuntaba el historiador Jorge Martín (2016) el nombre de este intelectual y literato no debió ser muy desconocido para el lector español aunque sea por las publicaciones en «ABC» entre 1967 y 1984 sobre cruceros en el barco «Iván Frankó». Este, según se contaba, junto a otros dos buques hermanos, el «Taras Shevchenko» y el «Alexander Pushkin», constituyan entonces «el trío más importante de la flota de pasaje rusa».

Las otras formas para un español de descubrir a Iván Frankó es viajar a su país, algo cada vez más frecuente desde la democracia. Así, al regresar de un viaje por Ucrania, el académico de la RAE Guillermo Díaz-Plaja publicaba en «ABC» (3.12.58) el artículo '*Ucrania 1978: La voz de los poetas*' en el que contaba:



«El documento de identidad de los pueblos es su lengua. Ucrania posee ese elemento de autenticidad, sostenido por cuarenta y cinco millones de habitantes. Y, naturalmente, por una legión de poetas, dramaturgos y novelistas». En referencia al poeta Taras Shevchenko, afirma Díaz-Plaja, «los temas por él tratados alcanzan una nueva cúspide con la figura de Ivan Frankó», el cual se habría convertido en «el último clásico de la literatura ucraniana».

Alrededor del 160º aniversario de Iván Frankó, desde la Universidad de Valencia (y su colectivo de estudiantes 'Acció UV-Ucraïna') se ha llevado a cabo una serie de actividades en esta línea, como la publicación del libro '**IVÁN FRANKÓ. LA PLUMA UCRANIANA DE LOS CLÁSICOS HISPANOS**' (2015). Con él se acercan, entre otras cosas, artículos de autores ucranianos: '**IVÁN FRANKÓ Y EL MUNDO HISPANO**', del Prof. Dr. Yarema Kravets; '**IVÁN FRANKÓ, EL ORTEGA UCRANIANO**', del Prof. Dr. Volodymyr Sabadukha; e '**IVÁN FRANKÓ, ORGULLO Y GLORIA DE UCRANIA**', del Prof. Dr. Valeriy Korniychuk. Este último avisa: «Aún después de su muerte, distintos partidos políticos y movimientos querían tener a Frankó entre sus filas; dispares, rebuscaban entre sus obras muestras de sus ideologías»...

Actualmente, una simple ojeada sobre Ucrania denota que Frankó es una figura honrada por toda su gente: una región del país y su ciudad capital se llaman en honor del intelectual, Ivano-Frankivsk; la segunda universidad pública más importante lleva su nombre, al igual que otras instituciones académicas y culturales, y premios tanto públicos

Ese interés por su conmemoración se exporta. Así, en diversas capitales y ciudades en el mundo, como Viena, Lipik, Praga, Winnipeg o Toronto, se puede contemplar al ucraniano universal.

El 28 octubre de 2017, *The Diplomat in Spain* publicaba una reseña sobre que asociaciones de ucranianos promueven un monumento al escritor Iván Frankó en Madrid. «No es un simple capricho: se trata de una iniciativa que aportaría mucho a las relaciones culturales y serviría de referencia para el diálogo»,- citaba el medio. Personalmente, como coordinador de la Unión de Asociaciones que promueve esta causa, me complace recibir «feedbacks» que demuestran que la recepción hispana de Iván Frankó sigue palpitante (aunque requiera de nuevas -y mejores- traducciones de su obra). Un ejemplo, la felicitación a esa nuestra iniciativa recibida de la directora de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la Prof. Dra. Susana Cordero de Espinosa. Otro ejemplo, las palabras que la Presidenta de la Comunidad de Madrid, Cristina Cifuentes, nos trasladaba en una carta (10.07.17): «me parece un loable empeño, por el papel esencial de Frankó en la introducción de la literatura española en Ucrania y por su propia relevancia como autor (...) mi apoyo al reconocimiento público de tan destacado intelectual ucraniano por los puentes que tendió entre la cultura eslava y la de Europa Occidental».



Finalmente, justificar el título del presente volumen. Además de todo lo anterior, otras tres razones sugieren que Iván Frankó es el ucraniano más universal. Primero, este clásico concebía a las personas más allá de las divisiones nacionales. Segundo, desde sus escritos llegó a predicar sobre Europa como familia de pueblos libres y sin chovinismo. Tercero, tenía una amplia visión del mundo a partir de su propia biblioteca, de 12 mil volúmenes, y sus viajes por los países del antiguo Imperio austrohúngaro, Alemania, Italia, así como por la Ucrania del entonces Imperio ruso.

Qué mejor para empezar a (re)conocer mejor a Frankó que la carta de su nominación al Premio Nobel de Literatura de 1916, enviada desde Viena por un sacerdote católico oriental ucraniano. La nominación fue apoyada por el académico sueco Harald Hjärne, quien ese mismo año también promovía la candidatura de Benito Pérez Galdós y antes, en 1901 y 1904, la de Henryk Sienkiewicz.

Iván Frankó no concurrió al premio a causa de su muerte, cinco meses después de la nominación. Como destaca Buchynskyj, a pesar de la escasez propia de la guerra, la comunidad ucraniana le enterró con magnificencia, poniendo en su tumba una gran corona de espinas como símbolo de los sufrimientos por el pueblo.

Andriy Yakubuv

**En este volumen, el texto en cursiva, y de menor tamaño, corresponde a Notas del Editor.*



CARTA DE NOMINACIÓN DE IVÁN FRANKÓ AL PREMIO NOBEL DE LITERATURA DE 1916

A la muy honorable Real Academia
Estocolmo

En tanto que hasta ahora no se ha abierto una universidad ucraniana ni en Galitzia [*con centro en Lviv, bajo el Imperio austrohúngaro*], ni en la Ucrania del Imperio ruso, el ancestral pueblo ucraniano, de 35 millones de personas, sigue sin tener una institución académica de ese nivel; aun a pesar de las exigencias del propio pueblo ucraniano –al que le une con los suecos el glorioso tiempo del *hetman* cosaco Bogdán Jmelnitski, a mediados del s. XVII, así como aquella época cuando Carlos XII luchaba por la libertad de los pueblos– no hay tal institución académica que, consecuentemente, pueda presentar de forma inmediata ante la muy honorable Real Academia a las mejores personas de la nación para que puedan ganar el Nobel.

Por esta razón, me permito reclamar la atención de la gloriosa Academia sobre el más grande poeta y estudiante ucraniano y a la vez eslavo, el Dr. Iván Frankó, quien reside en Lviv, en terrible penuria, sosteniendo –bien alto, con fervor juvenil– el estandarte de la lucha por la libertad, el progreso y los ideales de la humanidad al largo de casi cincuenta años.

Su juventud la pasó en unas condiciones muy difíciles. Aun siendo colegial, en los últimos años

de secundaria, llegó a dormir dentro de un ataúd en el almacén de un carpintero. En vez de una alimentación normal, tuvo que contentarse con un par de panes a la semana que le podía hacer llegar su infortunado padre, y para acompañar ese pan no había más que agua.

En 1893 se doctoró [*summa cum laude*] por la Universidad de Viena, siendo el director de su tesis el famoso profesor Jagić [*eslavista croata*]. A causa de intrigas políticas, no se le permitió el acceso a la cátedra universitaria [*en Lviv*]. Él trabajaba sin descanso en los campos de la poesía y de la prosa, fue crítico, historiador de la literatura, etnógrafo y muchas más cosas. Se esforzaba tanto que ha perdido totalmente su salud. Con parálisis de ambos brazos, durante seis años, dictaba los poemas que componía, llenos de primavera y libertad, obras del más alto nivel y auténtico tesoro de la lírica de su pueblo, los cuales han conseguido el reconocimiento popular como frutos de valor humano universal.

Él es el mayor poeta nacional de su pueblo porque ha sabido abrir de forma total y más profunda la belleza de la lengua de su propio pueblo, él es el más grande poeta titán de su nación que ha superado a Taras Shevchenko. Sus últimos trabajos también indican reconciliación con la Iglesia.

La lista bibliográfica de sus obras en ucraniano, alemán, ruso, polaco y en otros idiomas ocupa varios volúmenes. De verdad es el escritor más relevante de la Europa actual. Solo la complicada y

lamentable situación de su nación no permitió al gran poeta ser más accesible a amplios círculos de las masas culturales.

Hace un par de años él celebró un glorioso jubileo, con motivo de su 40º aniversario de creación literaria, recibiendo felicitaciones de todos los círculos sociales de pueblo y desde amigos hasta enemigos.

Durante la irrupción rusa en Lviv [*a los pocos meses de la Gran Guerra, en septiembre de 1914*] él yacía en su cama, gravemente enfermo ahora ya nueve meses. La ayuda de estudiantes le ha salvado de la muerte por inanición. Porque siendo él un gran poeta, sus enemigos y adversarios le humillan como pueden, al igual que los adversarios de Lev Tolstoy vejaron a aquél.

Este más grande poeta y escritor, cuyas canciones se han convertido en himnos nacionales, este Orientador de su nación, todo un genio internacional, se merece que la gloriosa Real Academia le otorgue el Premio Nobel aunque sea en sus años seniles, cuando el poeta está gravemente enfermo.

También elevo con esto una cuestión de importantísimo peso político que redunda en el significado de este galardón para las aspiraciones del ancestral pueblo, cuyos mejores hijos, los *Ukrainische Sitschower Schützen* [*que era la legión ucraniana del ejército del imperio de los Habsburgo*], se han sumado ahora a la lucha por la libertad. Ese pueblo también reclama desde hace mucho tiempo la apertura de sus propias universidades.



Galardonar a Iván Frankó con el Premio Nobel tendrá gran significado no solo para Ucrania, sino también para toda la Europa Central y del Este.

Viena, 26 de noviembre de 1915

Prof. Dr. Josef Zastyretz
Director de centro educativo



Mapa de la ficha de Iván Frankó en 'nobelprize.org' que representa su nominación al Premio Nobel tanto dese Viena, por Josef Zastyretz, como en Estocolmo, por Harald Hjärne.

POESÍA

De los poemas que escribía y publicaba Frankó, aparte de sus antologías menores, editó en vida seis grandes colecciones:

- ◊ «DE LOS AÑOS DE MI JUVENTUD» (1914), con obras del período 1874-1878;
- ◊ «DE LAS ALTURAS Y DE LAS LLANURAS» (1893), en la que vierte sus obras de los últimos 20 años;
- ◊ «HOJAS MARCHITADAS», en 1896;
- ◊ «MI IZMARAGD», en 1898;
- ◊ «DE LOS DÍAS DE PENA», en el año 1900; y
- ◊ «ANTIGUO Y NUEVO», en 1911, con la que amplía la colección de 1898.

A esto habría que añadir la poesía que no entró en las colecciones, así como la cuarentena de largos poemas narrativos que, entre 1875 y 1914, Frankó solía editar en libros aparte, tales como «MOISÉS» o «LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE». Según O. Biletskij, la temática de su narrativa en verso es muy variada: cuestiones sociales, épicas, satíricas, históricas, folklóricas, filosóficas...

Según V. Korniychuk, la problemática de la poética de Iván Frankó pasa por estas etapas:

- ◊ Lírica del idealismo romántico (1873-1876);
- ◊ Poesía profética y subversiva (1876-1889);
- ◊ Filosofía del «dolor de la existencia» (1890-1900);
- ◊ Trascendencia del arte de la palabra (1901-1906);
- ◊ Poesía de la catástrofe espiritual (1907-1916).

Asimismo, cuenta Korniychuk, Frankó-poeta recorrió el arduo camino del romanticismo, pasando por el positivismo (realismo científico), hasta el modernismo (neoromanticismo, simbolismo, impresionismo, etc.).

Su cosmos poético se compondría de dos «galácticas», las dos concepciones dominantes a cuyo alrededor despliega su lírica: la lucha y el amor.

En definitiva, la amplitud y variedad en las formas y en los géneros que practicó Iván Frankó no cuenta con precedentes en la literatura ucraniana.



Poema – programa:

CANTEROS

*

De ucraniano, «Kamenyari», representa la filosofía del optimismo trágico (según D. Dontsov) en la lucha por los ideales de la humanidad. Publicado en 1878, luego se incluye en el ciclo de poemas «Excelsior!».

Aunque escrito en primera persona, apunta el propio Frankó, no hay que considerarlo autobiográfico sino como una ficción, una proyección de sentimientos... Para B. Tykhloz, es un mito alegórico sobre los que mueren en el camino («Die am Wege sterben»), los esclavos de la libertad que voluntariamente se condenan para allanar el camino a la meta de la libertad y la justicia, que ya no alcanzarán presenciar. Traducción a lengua castellana de A. Herráinz en 'Ivan Franko. Obras escogidas', Moscú: Editorial Progreso, 1972, págs. 31-32.

[Existe otra traducción, de L. Olevski, 'PICAPEDREROS', en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipro, 1979, págs. 103-105.]

*

He tenido un sueño extraño. Ante mí se extendían
unos campos inmensos, desiertos, desolados.
Con cadenas de hierro sujeto me tenían
al pie de negra roca. Y hasta la lejanía
veíanse millares de hombre encadenados.

Penas y amarguras cubrían de arrugas las frentes,
pero las miradas ardían con fuego de amor,
mientras las cadenas, cual largas serpientes,
se nos enroscaban al cuerpo inclementes
y nos encorvaba un peso agobiador.



Cada uno empuñábamos un martillo, grande,
y una voz, de arriba, clamaba tonante:
«¡Romped toda la roca! No os amilane
el frío ni el calor. Soportad sed, fatigas, hambre,
pero que caiga toda la roca miserable!»

Como un solo hombre las manos alzamos,
miles de martillos sonaron airados
y miles de esquirlas al aire lanzamos;
con fuerzas de ira, furiosos golpeamos.
Rompían la testa de piedra nuestros martillazos.

Aquel martilleo tenía fragor de cascada,
estruendo de duro y sangriento combate,
pero, paso a paso, la gente avanzaba,
y aunque muchos nuestros allí se quedaban,
¡nadie ya podía parar nuestro embate!

Todos bien sabíamos que honores no habría,
ni humo recuerdo del terrible esfuerzo,
mas todos los hombres avanzar podrían,
si el camino abríamos con furia y porfía,
dejando en las piedras nuestros propios huesos.

Ninguno los laureles ni la gloria buscábamos,
nadie se imaginaba ser héroe o titán.
Las pesadas cadenas voluntarios llevábamos
haciéndonos esclavos de nuestra voluntad,
canteros que le abríamos camino a la verdad.



Estábamos seguros de que la roca se rompería,
de que a nuestros golpes el granito cedería.
La sangre y los huesos nuestros firme camino abrirían
por el que con certeza, tras nosotros, vendría
una vida nueva, luz de un nuevo día.

Sabíamos también que en la tierra lejana,
-para pasar tormentos, un día abandonada-
nuestras madres, mujeres e hijos vertían lágrimas
y que amigos y enemigos con ira nos censuraban
maldiciendo nuestros esfuerzo y nuestra causa.

Sabíamos todo eso. Más de una vez, dolía el alma
y el fuego de la amargura el corazón abrasaba.
Mas ni el dolor ni la pena que el cuerpo martirizaban,
Ni las viles maldiciones nos apartaban en nada
de nuestra empresa: los martillos, incesantes,
golpeaban.

Y seguimos adelante, en mole compacta unidos,
y adelante seguiremos empuñando los martillos.
Aunque el mundo nos olvide, aunque seamos maldecidos,
abatiremos la roca, la verdad tendrá camino,
y sobre los huesos nuestros, vendrá, para todos,
un feliz destino.



*Este monumento de un cantero (1933)
sobre la tumba de Iván Frankó en Lviv,
representa el apodo con que se le conoce,
KAMEÑAR,
a raíz de este su poema más famoso.*

*En honor a Frankó, el asteroide 2428, descubierto
en 1977 desde el observatorio de Crimea,
recibió el nombre de Kamenyar.*

Poema filosófico

MOISÉS

*

Publicado en Lviv, en 1905, como libro de 105 págs., se compone del prólogo y 20 cantos, utilizando como base el relato bíblico y como personajes a Moisés, sus opositores Dathan y Abiram, Yahve, el ángel caído Azazel y Josué, como portavoz de los judíos. Pero entre líneas las reflexiones de Frankó se proyectan sobre su propio pueblo. Para Buchynskyj, el Moisés de Frankó es el típico caudillo nacional que por amor a su pueblo le perdona todas sus injurias, su falta de lealtad y le da sus hazañas y su vida para que sea feliz.

Según V. Korniychuk, esta obra representa la filosofía del «dolor de la existencia» de Iván Frankó.

Con traducciones en vida del autor al polaco y al ruso, y habiendo traducción portuguesa, lamentablemente solo tenemos en castellano este **PRÓLOGO**, traducido por A. Herráinz en '*Ivan Franko. Obras escogidas*', Moscú: Editorial Progreso, 1972, págs. 43-45.

*

¡Oh, pueblo mío, doliente y extenuado,
como en la encrucijada el caminante inválido
que es por todas las gentes despreciado!

Tu porvenir de zozobra me llena:
me imagino el bochorno de los que detrás vengan,
¡y pierdo el sueño, y me abruma la pena!

¿Será tu sino trabajar resignado
como bestia de carga, ser estiércol
con el que el campo ajeno sea abonado?



¿Y guardar tu rencor disimulado
porque, bajo el dogal y el palo, al opresor
fidelidad eterna le has jurado?

¿Será posible que sólo tú carezcas
de obras con que mostrar al mundo entero
lo inmortal de tus fuerzas?

¿Será posible que en vano perecieran tanto
por ese amor a ti, que sacrifica todo,
con gozo y sin temor, y es amor sacrosanto?

¿Y que tu país fuera en vano regado
por la sangre de tus luchadores
y no se alcance ya nunca lozano y liberado?

¿Será estéril que en tus palabras
chispeen hermanas la fuerza
y la ternura, la grandeza y la gracia?

¿Qué en tu cantar se unan los anhelos,
pesares y alegrías, dolor de amores
desdichados y una serenidad de cielo?

¡Oh, no! No es tu destino sólo penar entre tinieblas.
¡Yo tengo fe en tu espíritu, en tu fuerza,
en que has de renacer sobre la tierra!



¡Oh, quién un tiempo viera dócil a la palabra,
y la palabra encendiendo los ojos con luz
que las tinieblas, severa, disipara!

¡Quién pudiera, con ardiente canción inspirada,
a millares de hombres darles alas,
llevarlos al camino de la libertad ansiada!

¡Mas no es posible!.. Con el alma que calla,
ya sin fuerzas, por dudas lacerada,
¡no habremos de llevarte a la dura batalla!

Pero llegará el día, y con halo de púrpura,
entre los pueblos libres y sin ningún pesar,
más allá de Beskid y de sus brumas,

Llevarás al mar Negro el grito de tu libertad
y, como dueño señor, contemplarás
tus campos y tu casa, llena de claridad.

Toma mi verso, que, aunque amargo, libre es
y, aunque en tristeza envuelto, rebosa fe.
En prenda del futuro te envío.

¡Como modesta ofrenda al noble pueblo mío!



En 1904 Iván Frankó visitaba Roma, donde le inspiró muchísimo contemplar al Moisés de Miguel Ángel.

Según V. Radzkevych, Frankó es el Moisés ucraniano: el idealista que condujo su gente hacia la felicidad, y cayó en el camino como el Moisés del Antiguo Testamento, después de cuarenta años de caminar junto a su pueblo por el desierto, murió en el límite de la tierra prometida, pues Frankó murió solo dos años antes de la proclamación del Estado ucraniano.



Poema carcelario:

MEDITACIONES EN LA CÁRCEL

*

Escrito en 1877 e incluido en varios ciclos publicados, como en la colección «De las alturas y de las llanuras», su temática va en la línea del ciclo de los 45 «Sonetos de la cárcel» de la misma colección, y viene del tiempo del encarcelamiento político que sufrió el poeta en 1877/78, 1880 y 1889.

Traducción al castellano de J. Vento en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipro, 1979, págs. 65-67.

*

Del camastro yo salto temprano
y contemplo el cielo lejano.
Maravilla su azul, su pureza,
pero mi alba rebosa tristeza.

Con su eterna sonrisa jovial
atalaya de lo alto el penal,
cuyos muros el llanto satura.
Todo en él es pesar y amargura.

¿A quién, cielo, tú miras así?
¿Por qué ríes, estando yo aquí?
¿Por qué cielo, a la celda sombría
saludas cordial cada día?

Tú sonríes, y aquí sólo hay penas,
tú respiras, no llevas cadenas,
pero aquí es la mazmorra desnuda
una tumba asfixiante y muda.



Bajo un rayo de luz bendecida
yo admiro, enterrado aquí en vida,
el azul que gozoso se extiende
y la sangre en mis venas enciende.

¿Por qué estoy de grilletes cargado?
¿Por qué vivo cautivo, enrejado?
¿Por qué sufro condena tan cruel?
¿Por amar a mi pueblo y ser fiel?

Yo quería que libre se viera,
yo quería que el pueblo comiera,
y una ley para todos igual.
¡Yo no hice jamás otro mal!

*

En otro poema de esta índole, ‘EN EL PROCESO’ (1880), publicado en la misma colección (trad. ídem, pág. 87), Frankó apunta como dirigiéndose a los jueces:

*Decid por qué queremos
al mundo darle vuelta.
No pensamos hacerlo
con fuego y violencia,
sino con la verdad,
el trabajo y la ciencia.*



Poema – sentencia:

NUESTRO ENEMIGO NO ES EL HOMBRE

*

Escrito en 1880, entró en la colección «De las alturas y de las llanuras» como parte del ciclo «Meditaciones de un proletario».

Traducción al castellano de A. Manso en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipró, 1979, pág. 97.

*

Nuestro enemigo no es el hombre,
aunque nos persigue y condena
y nos entierra entre paredes
y nos desprecia y atropella.

Porque los hombres son como esas
piedras que allá por primavera
arrastran las aguas del río
que se salió de sus riberas.

El mal no está en los hombres, sino
en esas redes misteriosas
en las que el fuerte está atrapado
junto con sus desdichas y obras.

Como Laocoonte entre serpientes
todos los hombres se debaten...
¿Cuándo estallarán las amarras
que impiden moverse al gigante?



*Laocoonte y sus hijos, escultura de
Agesandro, Polidoro y Atenodoro de Rodas.
Museos Vaticanos.*



Poema – alegoría:

CRISTO Y LA CRUZ

*

Escrito en 1880, corresponde al ciclo «Excelsior!». Traducción de D. Buchynskyj, publicada en «Poesía española», Madrid, 1956, Nº56, págs. 26-27.

*

Entre los campos, junto al camino
Está la cruz desde el tiempo antiguo
Y en ella Cristo crucificado
Estaba colgado hace mucho tiempo.

Con el tiempo se han podrido los clavos,
Y los vientos han aflojado la cruz,
Y Cristo, crucificado arriba,
Ha caído de la cruz a la tierra.

Pronto la hierba alta,
Que crecía alrededor de la cruz,
Gozosamente recibió en sus brazos,
Con suavidad, como una madre, a Cristo.

Las morgelinas y las violetas,
Que estaban perfumando a las hierbas
Se han trenzado, como una corona de amor
En torno a la cabeza de Cristo.

En el seno vivo de la naturaleza,
Limpio de sangre, de heridas y de lágrimas,
Entre los perfumes y las flores
Humildemente descansaba Cristo.



Pero unas manos piadosas
No le permitieron dormir allí,
Y persignándose le han alzado
Otra vez arriba desde las flores.

Como no tenían nuevos clavos,
Para clavar otra vez a Cristo,
Con las cañas de un haz de paja
Le sujetaron a la cruz.

*

Esta traducción omite las cuatro últimas estrofas de este poema que ofrecen una especie de reflexión sobre que Cristo baja entre la gente, como hombre cercano que «con su sagrado ejemplo nos lleva a la libertad», pero hay gente que a toda costa se esfuerzan por volver a atar a Cristo a la cruz. Este final, según la interpretación de L. Bondar, es una crítica del sujeto lírico a las personas pseudoreligiosas -fariseos- que aspiran ver la corona de espinas y no esa corona de amor, cuando lo que exalta el poeta es la socialización o humanización de Cristo, cercano a lo terrestre.

Este poema podría ser un ejemplo de la espiritualidad de Frankó, por otra parte «famoso» por una serie de expresiones anticlericales. Para B. Tykhloz, se trata de un intento poético de presentar a Cristo vivo en la misma existencia humana, lejos de la «moribundidad del culto ceremonial».



Poema algo idílico:

TIERRA, MADRE MÍA

*

Escrito también en 1880, en la colección «De las alturas y de las llanuras» forma parte del ciclo «Primaverales», en el que el autor reflexiona con las estaciones del año y los fenómenos de la naturaleza.

Traducido por A. Herráinz en 'Ivan Franko. Obras escogidas', Moscú: Editorial Progreso, 1972, pág. 20.

*

Tierra, madre mía que todo lo engendras,
dame generosa el vigor que encierras
para que en la lucha mejor me mantenga.
¡Dame, madre, tu fuerza!

Dame el cálido afecto que ensancha el pecho,
que la sangre depura y limpia sentimientos,
colmando el corazón, ilimitadamente,
¡de amor puro a las gentes!

Y dame también fuego que caldee palabras,
poderío de trueno que convueva las almas.
Para defender la verdad con ardor,
¡dame eterna pasión!

¡Dale a mis manos fuerza que rompa ligaduras,
y fulgor a mi mente que el embuste fulmine!
Dame trabajo siempre, trabajo con hartura
¡que la vida culmine!

*Frankó a los 14 años
(1870)*



Hijo de Yakiv Franko (1802-1865), herrero de ascendencia alemana, y de Mariya (1835-1872), del linaje del noble cosaco de origen ucraniano Yuriy Kulchytskiy (el creador del café con leche).

Creció huérfano: a la muerte de su padre, cuando tenía 9 años, tuvo un padrastro, y a sus 16 años, murió la madre.

Antes de casarse, en 1886, Iván Frankó tuvo un noviazgo entre 1874 y 1877, frustrado por su arresto político; y consta que en 1883 pidió la mano de otra, rechazándole la familia noble polaca de la chica.

En unos versos de 1878, el joven poeta clamó: «trabajo libre y amor libre».



*(1875)
Frankó a los 19 años*



Lírica amorosa:

SÓLO TÚ ERES MI VERDADERO AMOR

*

Publicado por primera vez en 1881, entró a formar parte de la colección «Hojas marchitadas».

Traducción al castellano realizada por L. Olevski en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipro, 1979, pág. 123.

*

Sí, sólo eres tú mi verdadero amor,
del cual gozar en mi vida suerte no he tenido;
secreto impulso eres, que con amargor
inflama el pecho, aunque nunca es cumplido.

Eres el bello canto en sueños conocido,
que nunca para sí vocablos encontró.
Gloriosa hazaña eres tú a la que yo
con diestra fuerte y alta fe hubiera ido.

Como un perdido amor, anhelos fracasados,
un canto sin cantar, esfuerzos arriesgados
igual a lo inmenso que a mi alma di,
igual al fuego aquel que al calentar te quema
como la muerte que matando quita penas,
así, mi hermosura, te amo yo a ti.



La esposa de Frankó, Olga Khoruzhynska (1864-1941) y su hermana Oleksandra (a la izquierda), con vestidos ucranianos bordados.

Como era natural del Járkiv rusófono, Iván Frankó consideraba su matrimonio como una simbólica unión entre el Este y el Oeste de las tierras ucranianas.



Poema folklórico:

AY, TÚ, CHICA, CERECITA DIVINA

*

Publicado por primera vez en 1896, en la colección «Hojas marchitadas», recuerda una canción folklórica al describir la belleza de una joven mujer. En 1956, por el centenario de Frankó, fue interpretada como canción y, desde entonces, según M. Zahaykevych, se diluye su autoría interpretándose como una canción popular.

Traducción al castellano por I. Brey en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipró, 1979, pág. 135.

*

¡Ay, dime, ¿por qué, cerecita divina,
es tu corazón más punzante que espina?!

¿Por qué son tus labios un rezo tranquilo,
y cada palabra es aguda cual filo?

¿Por qué en tu mirada refulge un encanto
que llega hasta el alma, abrasándola tanto?

Y tu sonreír, dí, ¿por qué me atormenta
e inquieta el sentir, cual borrasca violenta?

¡No, tú eres un alba brillante y serena!
Me causas dolor y alegría, mi nena;

te veo y no espero extinguir mi querer,
y porque te quiero, me voy a perder.



Olga Khoruzhynska de joven.



Retrato lírico:

POR QUÉ TE ME APARECES EN SUEÑOS

*

Publicado por primera vez en 1896, también en la colección «Hojas marchitadas», trata el amor no correspondido. En los 2000, fue llevado al repertorio pop ucraniano por el cantante V. Kozlovsky, bajo el título «Znaiesh».

Traducción al castellano por I. Brey en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipro, 1979, págs. 141-143.

*

¿Por qué te veo en sueños, dí
a ti?

¿Por qué me miras siempre así
con tu mirar tan triste, hermoso,
turquí,

cual fondo gélido de un pozo?

¿Por qué tus labios de rubí
son mudos? ¿Qué dolor, reproche
o qué deseo no cumplido,
como alba, en ellos relucido,
de nuevo se hunde en negra noche,
allí?

¿Por qué te veo en sueños, dí,
a ti?

En vida real, me despreciaste,
mi pobre corazón quebraste
y le arrancaste —¡ay de mí!—
su canto, llanto y frenesí...
¡Que sí!



En vida, nunca me haces caso,
y, cuando por la calle paso
y te saludo, no me ves
y no contestas ni una vez.

Mas sabes que de amor me abraso,
porque te quiero con locura,
que son las noches mi tortura,
que mi dolor por años dura,
y que lo guarda, cual canción,
el fondo de mi corazón.

¡Oh, no!

¡Siquiera en sueños ven a mí,
aquí!

En este valle es mi existencia
Dolencia.

Mi corazón, de alarma lleno,
igual que perlas en el cieno
hoy se marchita sin querer;

¡Que en sueños, aunque sea, vibre!

¡Que, al ver tu imagen, lata libre!

¡Que aspire, cual humano ser,
y aquel milagro delicioso
conozca, en su pasión de mozo:
ansiado y tan pecaminoso
placer!



Poema – postulado:

EL DECADENTE

*

Publicado en 1896, luego incluido en el ciclo «Mi Izmaragd», como respuesta a V. Shchurat quien sumó a Frankó, por su anterior ciclo «Hojas marchitadas», a la corriente del decadentismo.

Traducción al castellano realizada por L. Olevski en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipró, 1979, págs. 151-153.

*

¿Soy decadente? Es una novedad.

De mi vida un punto tú tomaste,
con sabia voz carente de verdad,
¡es decadentista!, proclaimaste.

Si en mi canto hay tristeza y pesar
es porque así es mi vida de hoy en día
mas tiene otra nota mi cantar
la de la aspiración y la alegría.

Yo no soporto penas sin motivo
ni ruidos en oídos escuchar
la vida útil quiero mientras vivo
la lucha no me puede intimidar.

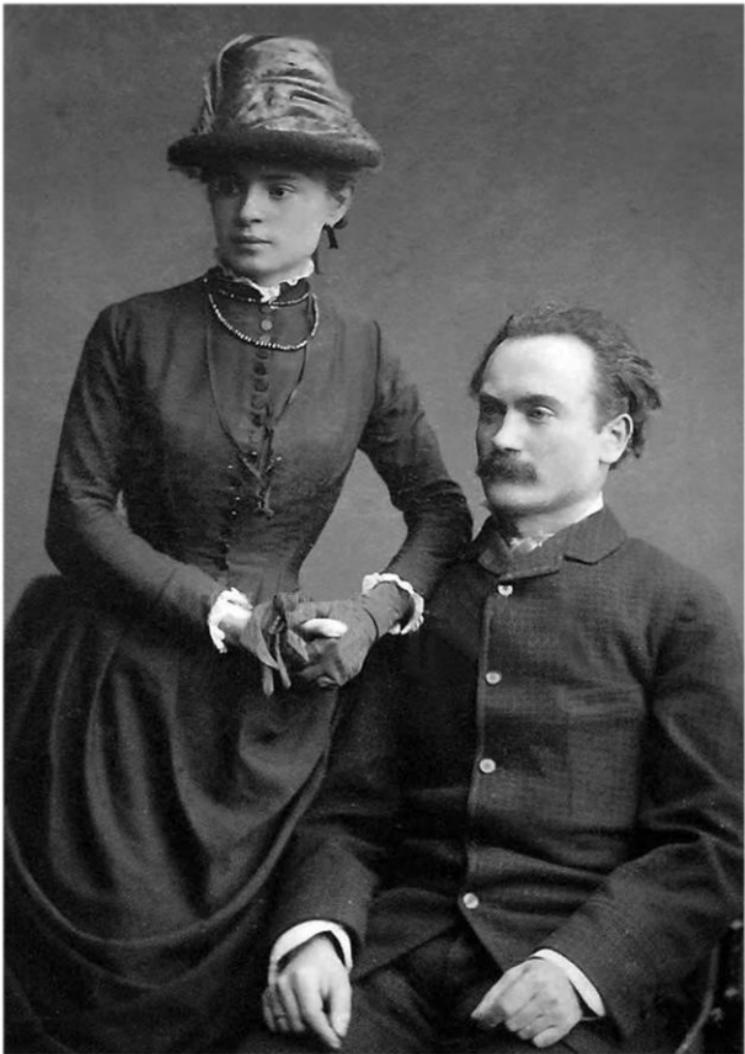
Y aunque a menudo yo sentí amargura,
y ronco y congelado estuve ya
aún no me dolió la dentadura
y la gastritis no me agredirá.



¿Soy decadente? No. Del pueblo soy
y asciendo tras salir de mi penal;
por la labor y libertad estoy:
soy hombre yo, el principio y no el final.

Con bebedores al beber soy duro,
en las peleas nunca callaré,
en el festín vital yo no me aburro,
y en la pobreza no decaeré.

Parásito no soy, envuelto en grasa,
que todo en porcentaje quiere ver,
y cuya lira toca alegre en casa.
¡Qué diablos decadente voy a ser!



*Olga Khoruzhynska, vestida a la europea,
con Iván Frankó, al poco de casarse, 1886.*

*Como apunte, Frankó le dedicó a su mujer –gran
colaboradora de su labor literaria– un solo poema.*



*Los hijos de Iván y Olga Frankó,
de izquierda a derecha:*

*Andriy (1887-1913),
Petró (1890-1941),
Tarás (1889-1971) y
Anna (1892-1988).*



Poema con nombre español:

CONQUISTADORES

*

Escrito en 1904, publicado en la antología «Semper tiro» (1906). Para L. Kutsa, el personaje lírico de este poema, compuesto, encarna el tipo histórico-cultural de la conciencia y lleno de espíritu romántico llama a la acción con concreción realista.

Traducción de D. Buchynskyj, publicada en «Poesía española», Madrid, 1956, №56, págs. 27-28.

*

Por los océanos tempestuosos,
Entre los peines de la espuma
 Nuestra flota está rapando
 Hacia las desconocidas orillas.
Aplauden los remos, se inclinan los mástiles...
 ¡He aquí el puerto silencioso!
 ¡Una vuelta! ¡Unid los costados!
 ¡El timón junto al timón!
 ¡Echad las anclas! ¡A las orillas!
 ¡Salid por las pasarelas!
¡Ni una palabra! Todavía no amanece...
Silencio alrededor... ¡formad al frente!
 La ciudad espesa todavía duerme...
 La tomaremos durante el sueño...
Que el primer grito nuestro, sea el de la lucha,
 Y las canciones, las de la victoria,
 Pero antes que marchemos,
 Prendamos fuego a los barcos,
 Que sepan todos, que no podemos
 Regresar por los caminos antiguos.
 Ya brota el humo. Chasquea la mar,
 Algo gime dentro de los barcos...



Los velos han batido el aire
Como las alas del fuego.
Se curvan las vergas, saltan las chispas
Como los ríos ardientes...
La madera cruje... Los altos mástiles
Arden como velas de cera.
Todo lo que quedó detrás de nosotros,
¡Sea cubierto para siempre de la ceniza vital!
¡La muerte o la victoria!
¡Tal es nuestro lema guerrero!
¡A los valientes pertenece el mundo...!
¡Al diablo con el odioso miedo!
¡La sangre y la hazaña nos darán aquí
Una nueva patria, más bella!



Poema sobre la patria de Cervantes:

PRÓLOGO A

LAS AVENTURAS DE DON QUIJOTE

«Pryhody Don Kijota»

*

Frankó acercó 'EL QUIJOTE' a Ucrania mediante una singular adaptación en ucraniano de 6.500 versos que publicó, en 1891, en dieciocho números de la revista «Dzvinok». En 1892 lo editaba ya en un libro aparte con el prefacio 'Miguel de Cervantes y su Don Quijote'. Hay traducidas al castellano sólo las nueve primeras estrofas de las 34 que integran el prólogo de la obra, con el que Frankó presenta al lector el país de Don Quijote, explica el contexto histórico y luego cuenta de la vida y propósitos de M. de Cervantes.

Traducción realizada por L. Olevski en 'Ivan Frankó. El revolucionario eterno', Kiev: Editorial Dnipro, 1979, págs. 181-183.

*

¡España, oh, España!
Edén es terrenal
así en sueños veo yo
la tierra virginal.

El sol vertiendo su calor,
belleza y placer,
las nieves en el monte están,
no osan descender.

Los bosques siempre en su verdor,
cantándonos, sabed,
plateados ríos del lugar
calmando están la sed.



Y en medio de ese esplendor
del río y robledal,
el hombre triste y sólo está,
en tierra sin igual.

Si no por fuera, lleva él
en mente y corazón
la tiranía secular,
cadenas, vejación.

Por un camino límpido
avanza en libertad,
heridas viejas siente aún,
no olvida la maldad.

¡España, oh, España!
Ya bien se deja ver
que no es la tierra actual
ni el tiempo de ayer.

Sino es la magna época,
sin medialuna ya:
de nuevo libre el español,
cesó la lid segrlar.

Y así en un pueblo unido
la gente se agrupó
y con ardor vencedor
a la labor se dio.



*Placa a Cervantes en el pueblo natal de Frankó,
Nahuievychi, distrito de Drogóbych, región de Lviv.*

*De relieve y en bronce, fue elaborada por el arquitecto
Acad. Prof. S. Myhal y el pintor Prof. Y. Skakun.*

*Instalada en la Reserva histórico-cultural
del Estado ucraniano 'Nahuievychi', por los
aniversarios de Cervantes y Frankó en el año 2016.*

ПРИГОДИ ДОН КІХОТА.

З ІСПАНСЬКОЇ ПОВІСТИ

ПЕРЕВОДИ

Іван Франко.

Друге поправлене і доповнене видане.



ЛЬВІВ, 1899.

З друкарні Наукового Товариства імені Шевченка
під зарядом К. Бєднarsкого.

«*Las aventuras de Don Quijote*»
reelaboración a partir de la novela española
por Iván Frankó.
Edición segunda y ampliada.
Lviv, 1899 [151 págs.]
Imprenta de la Sociedad académica 'T. Shevchenko'

TEATRO

«Mis obras teatrales son mi tristeza»,- comentaba Iván Frankó. Si bien, cabe antes apuntar que Frankó era un histórico y teórico del teatro en general y que publicó unos 70 artículos de investigación sobre este género. Como apasionado del mismo, es autor de 15 obras, entre 1873 y 1904, entre las que destacan 'LA FELICIDAD ROBADA' (en prosa y de cinco actos) o 'EL JUICIO DE SAN NICOLÁS' (en verso y de un solo acto).

Según O. Pronkevych, con el fin de buscar modelos para renovar el teatro ucraniano, en 1894 Frankó produjo un excepcional experimento literario: adaptó en prosa la obra dramática en verso 'EL ALCALDE DE ZALAMEA' («Viyt Zalameyskiy»), de Pedro Calderón de la Barca, enfocando las preocupaciones sociales del público ucraniano de entonces.

Como cita Y. Kravets, detalles curiosos sobre el trabajo de Frankó en esta adaptación del drama de Calderón nos cuenta el académico Vozniak, especialmente sobre cómo la preparaba para la escena de la región del Dniéster y su público: «Manteniendo toda la base de la drama de Calderón, con sus desenlaces casuales, Frankó prestó especial atención a su sermón moral, para que el campesino sienta su dignidad humana y con todas sus fuerzas quisiera defender su honor».

El periódico polaco «Kurjer Lwowski» (30.05.1894) informaba que la remodelación consistía en algunas abreviaciones de monólogos y diálogos... Pero cinco actos en vez de las tres jornadas del original español, a causa de mover algunas escenas de la I jornada al II acto de la versión ucraniana, etc.

Como apuntaba Buchynskyj, Frankó también prometió a una compañía teatral ucraniana elaborar la transformación de 'FUENTEOVEJUNA', original de Lope de Vega, cosa que no hizo por inconveniencias de la censura.



LA FELICIDAD ROBADA

*

Se trata de un drama de corte sociopsicológica que desde su primera representación, en Lviv (entonces Imperio austrohúngaro), en 1893, y su salto en 1904 a la escena de Kiev (entonces Imperio ruso), ocupa un lugar privilegiado en el repertorio de los teatros ucranianos. La crítica del aquel entonces calificaba la publicación de esta obra como «un hito político». 'La felicidad robada' hay que encuadrarla en el feminismo de Iván Frankó, partidario de la emancipación de la mujer, y que en 1883 publicaba el artículo 'El yugo de la mujer en las canciones populares rutenas'.

El trama gira alrededor de tres personajes principales: Mikola, de 45 años, bajo de estatura y calmoso; su mujer, Anna, de 25 años; y Mijaylo, de 30 años, primer novio de Anna, alto y fornido. Aparecen igualmente Olexa Bábich y Nastia, el matrimonio vecino de Mikola y Anna, así como el alcalde, el posadero, campesinos, músicos, etc.

La acción se desarrolla allá por 1870, en una aldea ucraniana a los pies de los Cárpatos. El conflicto redonda en la respectiva felicidad de Anna y Mijaylo, cuando eran novios, y en la felicidad matrimonial de Mikola, pues los tres buscan recobrarla o, en su caso, mantenerla. Del desarrollo de los sucesos, el análisis crítico suele preguntarse quién ha robado la felicidad y si la felicidad puede ser robada.

Este drama fue llevado a la ópera en la Rep. Checa (en checo «Ukrazené štěstí», 1924, por, Vladimír Ambros) y en la URSS (1958, por Yuliy Meitus), así como a las pantallas en 1952 y 1984 (URSS), y en 2004 (Ucrania). La primera traducción al castellano (a partir de la traducción al ruso) fue realizada por J. López Ganivet para Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, que en 1958 publicaba 'LA FELICIDAD ROBADA' (120 págs.)



ACTO PRIMERO

*

Se reproduce las dos primeras escenas del acto I de 'LA DICHA ROBADA. DRAMA DE LA VIDA RURAL, EN 5 ACTOS' que aparece en 'Ivan Franko. Obras escogidas', como traducción realizada por R. Estrela para la Editorial Progreso (Moscú, 1972, págs. 236-241).

*

Interior de una jata [casa, en ucraniano] aldeana. Es de noche. Afuera se oye el ulular del viento, la nieve da en las ventanas. En el horno arden las llamas, en primer término, hay unos pucheros. Ana y Nastia están atareadas cerca del horno. Sentados en un banco, en la litera junto al horno y en lo alto de éste, mozas y mozos hilan y devanan la hilaza; en medio del aposento, un mozo teje manoplas, otro retuerce un cordón.

ESCENA I

Mozos y mozas, Anna y Nastia cantan.

Tras el monte, tras el monte pedregoso,
Mal vive con su mujer un hombre celoso.
Ella le prepara el blanco lecho, con amor,
Él le prepara el largo látigo, con rencor.

El blanco lecho de polvo se cubrió,
El largo látigo todo se ensangrentó.
Polvoriento está el lecho abandonado,
Y de sangre está el látigo manchado.

NASTIA (*interrumpe la canción, agitando una toalla*). ¡Basta, basta! ¿Para qué cantáis esta canción tan lastimera? Se diría que lloráis a un difunto.



PRIMER MOZO (se ríe). Y a vosotras se os ha puesto piel de gallina.

NASTIA. Calla, desvergonzado. No te figures que soy la mujer de tu padre. La pobre andaba siempre llena de cardenales.

PRIMER MOZO. Ja-ja, mi difunto padre no se cansaba de repetir: «Si el marido no pega a su mujer, ella se echa a perder».

SEGUNDO MOZO. Sí, tu padre fue un buen barbero. También sabía sangrar a los varones.

NASTIA. Tendría que daros vergüenza hablar así y cantar esas cosas aquí, en esta casa. ¡Malditos! Eso es como mentar al diablo delante de un angelito. Pues por aquí pasan volando los ángeles de Dios; ésta es la única jata de todo el pueblo donde reina una bendita tranquilidad, la paz y la concordia, la buena armonía y el amor. Y vosotros habéis empezado a cantar unas cosas que hasta da asco repetirlas.

PRIMERA MOZA. No tema, tía, no echaremos a los santos ángeles de la casa con nuestra canción.

NASTIA. Y tú, ¿qué sabes? Puede que los echéis... Ya sabes lo que dicen los viejos: no llames al lobo del bosque... Porque, a veces, se desea algo malo a una persona, y eso se cumple inmediatamente. Mi difunta madre contaba que, una vez, una tal...

MOZO PRIMERO. ¡Sarna le salga en la lengua! Mejor será que se acerque al horno para ver si ya están listos los varéniki [plato típico: empanadillas cocidas rellenas de patata, requesón, chucrut, cerezas u otro ingrediente], pues pronto va a llegar Mikola de la

ciudad y el que nos echará a todos a nuestras casas será él.

NASTIA. ¡Qué impaciente eres, muchacho! No temas, que habrá varéniki. Tú preocúpate de acabar tu manopla a tiempo. (*Se acerca al horno*).

PRIMERA MOZA. Venga, hermanitas, cantemos hasta el fin. La canción es muy bonita, y tan triste, que hasta da ganas de llorar.

ANNA (de pie, cerca del horno). Esperad, esperad, que cuando os caséis y más conozcáis todas esas delicias, más ganas os entrará de llorar.

LAS MOZAS. ¡Vaya, vaya! ¿Y cómo lo sabe usted?
¿Es que lo ha probado?

ANNA. No me refiero a mí. Y además, lo que a mí me haya pasado, sólo lo sabemos Dios y yo.

LAS MOZAS (*después de un breve silencio, cantan*).

Ay marido mío, no me negues más

No me martirices, me vas a matar.

Déjame, marido, ir al cerezal,

Una rosa roja quisiera encontrar.

Tomaré la flor y la echaré al agua,

Que el río la lleve a mi tierra amada

Nada, rosa mía, por el río Danubio,

Si ves a mi madre, dile cuánto sufro.

NASTIA (saca, entretanto, los varéniki, escurre el agua, les echa aceite y sal y los sirve). ¡Bueno, basta ya de cantar! ¡Dejad la labor! ¡Los varéniki ya están en la mesa!

Mozos y mozas dejan la labor y, con alegre murmullo, se sientan a la mesa y empiezan a comer.



Nastia y Ana quedan cerca del horno.

Nastia también se sirve varéniki y se sienta en el banquillo, de espaldas a la mesa.

¡Oye, comadre, ayúdame tú también!

ANNA (*mira por la ventana*). ¡Dios mío, qué nevasca! ¡Ojalá los nuestros no pierdan el camino!...

NASTIA. No temas; no es la primera vez que han ido allí.

ANNA. No sé por qué, pero tengo mucho miedo, y una tristeza grande, como si me amenazara una gran desgracia.

NASTIA. Ya lo veo, querida. ¡Todo el día estás pálida, demudada! Y no hago más que pensar:

¿Qué motivo puedes tener para estar triste?

¡Vives como en la gloria!

ANNA. ¿Quién, yo?

NASTIA. Tienes un buen marido, tranquilo, trabajador, y que se desvive por ti...

ANNA (*suspirando*). ¿Y qué de bueno hay en ello?

NASTIA (*en voz baja*). ¡Ah!, lo que te preocupa es lo de siempre: que no tienes hijos. No penes, Dios es misericordioso, y ya te los dará.

ANNA (*con ademán de desaliento*). ¡No, no es eso!

NASTIA. ¿Y qué es, entonces? ¿Qué más te falta? ¿Crees que tus hermanos te engañaron, quitándote la dote? ¡No hagas caso a la dote! Pagarán cara esa ofensa.

ANNA (*como mordida por una serpiente*). ¡Eh, comadre! ¿He dicho yo algo de la dote? ¿Y por qué me recuerda a mis hermanos? Ya sabe que son mis peores enemigos.



NASTIA. Lo sé, querida, lo sé todo. Estoy bien enterada de cuánto has sufrido de moza.

ANNA (*con viveza*). ¿Qué dices? ¿Que yo he sufrido de moza? ¿Y qué sabe usted de eso?

NASTIA (*bondadosa*). Todo lo sé, querida, todo lo sé. Cómo los hermanos te maltrataban, y te tenían de criada; no te dejaban salir ni a la calle, acabaron por casarte con un bracero, burlándose además la dote. Y ¡si fuera sólo eso!

ANNA. ¿Qué? ¿Sabe usted algo más?

NASTIA (*riéndose*). Pero tú, comadre, no me temas. Te digo que lo sé todo, aunque tu aldea está lejos de nosotros, en otro distrito, y nunca vi a tus hermanos.

ANNA. Entonces, ¿cómo lo sabes?

NASTIA (*ríe*). Me lo contaron urracas y cornejas, corazón. Ha habido gentes que me lo han contado. Ni siquiera puedes adivinar quiénes...

ANNA. Seguramente, ¿habrá visto alguna amiga mía en cualquier feria?

NASTIA. ¡Ay, comadre!, ¿voy a menudo a las ferias? No, la noticia llegó a mi casa ella solita, y no hace mucho tiempo, ayer mismo.

ANNA. Pues no puedo de ningún modo adivinar quién sería.

MOZOS Y MOZAS (*levantándose de la mesa*). Gracias, tía Anna, y a usted también tía Nastia, por la cena.

PRIMER MOZO. Gracias a Dios, me he llenado bien la barriga.



NASTIA (*le pega con la toalla*). ¡Vete, vete, mal-educado!

MOZAS. Ya es hora de volver a casa, porque si no, la nieve cubrirá el camino, y no llegaremos a casa.

SEGUNDO MOZO. ¡No temáis, golondrinas! Aquí estamos bastantes mozos, cada uno tomará en sus hombros a dos de vosotras y os llevará a vuestras casitas.

PRIMERA MOZA. ¡Oh, qué fortachones!

Del esfuerzo, ¡os podéis quebrar! (*Se ponen los abrigos, recogen cerros e hilaza y salen*). Buenas noches.

Besan a Anna, ella les ilumina
el camino en el zaguán con una tea.

ANNA. Buenas noches, mozas, buenas noches.
¡Venid mañana, haced el favor! (*Cierra la puerta tras ellos*).

ESCENA II

Anna y Nastia.

NASTIA. También yo debería haberme marchado.

ANNA (*empieza a retirar la vajilla de la mesa*).
Quédese un ratito más. Pues su jata no ha quedado abandonada y cuando su marido vuelva en el carro, pasará frente a nuestra jata y usted lo oirá.
Y para mí será más llevadera la espera.

NASTIA (*ayuda a recoger la vajilla*). Todo eso es verdad. Pero la casa necesita siempre de cuidados. Bueno, por tratarse de ti, me quedaré... (*Se para en medio del aposento frente a Anna, con una escudilla*

en las manos). ¿Y no te interesa saber quién me ha contado tu vida de moza?

ANNA. ¡Qué le voy a hacer! Soy incapaz de resolver enigmas.

NASTIA (*con picardía*). ¿Y no te dice nada tu corazón?

ANNA. ¿Mi corazón? ¿Qué tiene que ver él con esto? ¿Qué es lo que me debe decir el corazón?

NASTIA. ¡Ah!, ¿cambias de color? Primero te pones pálida, luego, ¡como la grana! ¡Pues no te asustes, amiga! Lo sé todo por él mismo.

ANNA. ¡Espere, espere! ¿Qué dice? ¿Por quién?

NASTIA. Por Mijaylo, ¿quién otro podría ser?

ANNA. ¿Qué Mijaylo?

NASTIA. Ay, comadre, no te hagas la tonta. No somos niñas. ¿Conoces tú a Mijaylo Gurman?

ANNA (*retrocede un paso y se santigua*). ¡Santo, Santo, Santo! ¿Qué dice, comadre? ¿A Mijaylo Gurman? Sí, lo conocí, pero murió hace mucho. Precio en Bosnia.

NASTIA. ¿Quién te lo dijo?

ANNA. Yo lo sé. Mis hermanos lo decían...

NASTIA. ¡Claro, precisamente tus hermanos!

ANNA. Su madre misma me mostró la carta, llorando.

NASTIA. Debía ser una carta falsa, porque Mijaylo está vivo y bien vivo.

ANNA. Tenga temor de Dios, comadre, ¡no diga eso! Lo habrá soñado usted... O se le habrá aparecido su espíritu...



NASTIA. No, comadre Anna, te lo repito, está vivo y bien vivo. Es gendarme desde hace ya tres años. Antes prestaba servicio en otro sitio, pero acaban de trasladarle aquí. Ayer vino a nuestra jata, preguntó mucho por ti.

ANNA. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué me pasa? ¡Comadre querida!, dígame que lo ha soñado, que ha sido una alucinación... Es como para volverse loca... Pues yo le prometí a Mijaylo, le juré que prefería ir a la tumba, antes que casarme con otro. Y ahora... Viene por mi alma. Pero no, eso es una broma suya, ¡lo dice usted por decir!

NASTIA. ¡Santíguate, comadre! ¿Por qué te has asustado tanto? Está claro que tus hermanos te engañaron. Por consiguiente, tú no tienes ninguna culpa. Él mismo lo dice. No te acusa de nada. ¡Oh, si supieras qué palabras tan buenas y sinceras dijo de ti!...

ANNA. ¡No, no, no! ¡No siga! No quiero oír nada de él, ni quiero verlo. (*Va y viene por el aposento, retorciéndose las manos*). ¡Señor! ¡Santo Dios! ¿Será verdad? ¿También en eso me engañaron, me vendieron vilmente?

NASTIA. ¡Tranquilízate!, a qué lamentarse de lo que ya no tiene remedio. ¡Que Dios los castigue por ello!

ANNA (*sigue paseando por el aposento, sin comprender aún*). Y ¿por qué? ¿Por qué? ¡Ah, ya lo sé, lo sé! Tenían miedo a Mijaylo, temían que les quitara mi parte de la herencia paterna. Sí, sí, eso fue. Y ese sumiso bracero aún se alegra de haber

recibido algo. ¡Sálvame, Señor! ¡No me dejes perder el juicio!

NASTIA (*poniéndole sus manos en los hombros*). ¡Recapacita, comadre! ¿Por qué te martirizas inútilmente? ¿No es esto un pecado? Ahora ya estás casada, hay que olvidarlo todo.

ANNA (*la mira fijamente; luego de una pausa dice*). Sí, tiene razón. ¡Tiene razón! Hay que olvidar. Aunque se parta el corazón, hay que olvidar. ¡Oh, Señor! ¿Cómo no se me ha partido hasta ahora? ¡Cuánto he sufrido en estos años! Y cuando ya pensaba que pronto acabaría por tranquilizarme, que me resignaría a mi suerte, que las viejas heridas dejarían de dolerme, ¡ya ves!... El que yo creía muerto, vuelve a aparecer. Aconséjeme lo que tengo que hacer. ¡Deme hierba para que no me duela más aquí, aquí!

NASTIA. ¿Qué hierbas tengo yo, alma mía? No te aconsejaré más que una cosa: rézale a Dios, que Él te libere de este mal.

ANNA. ¡Ya he rezado, comadre, ya he rezado! Me rompía la frente contra los escalones de la iglesia, lavaba las losas con mis lágrimas... Pero nada me ayuda.

NASTIA (*prestando oído*). ¿Oyes? Parece que suena una campanilla. Seguramente, vienen ya los nuestros.

ANNA (*junto a la ventana*). ¡Sí, suena! Apenas se oye entre el aullido del viento, pero suena. ¡Gracias a Dios que vienen! ¡Vamos a recibirlos!

Los dos se ponen de prisa los abrigos y salen.

PROSA BREVE

Como cuenta O. Biletskiy, Iván Frankó es autor de más de cien obras de pequeña prosa en ucraniano, polaco y alemán. Éstas fueron recopiladas en 18 colecciones, editadas entre 1875 y 1913.

La prosa de Frankó resulta en un cuadro amplio, total y artístico de la sociedad en Galitzia, con «sus distintas competiciones, empresas, sufrimientos, aspiraciones, ilusiones y estados de ánimos»,- como comentaba el propio autor. Asimismo, preocupado por la enseñanza a los más pequeños, tuvo una especial dedicación con cuentos y fábulas.

Relata I. Bass sobre Frankó que, viviendo en Lviv, salía con frecuencia a las zonas industriales de la región -Drogóbych y Borislav-, donde se entrevistaba con los obreros de las explotaciones petrolíferas, conocía su vida y las condiciones de trabajo, y a menudo impartía conferencias. En 1877, en las páginas de la revista «Drug», apareció su pequeña prosa dedicada a la vida de los obreros de las petroleras -'EL PETROLERO', 'EN EL TRABAJO' y 'EL PECADOR CONVERTIDO'- que dio comienzo al llamado «ciclo de Borislav». Este ciclo (que en su forma definitiva incluye siete cuentos y dos novelas: 'BOA CONSTRICTOR' y 'BORISLAV SE RÍE') inició una nueva página en la literatura ucraniana, en la cual no habían figurado hasta entonces temas obreros.

Respecto de la localización de Frankó, T. Hundorova destaca que, desde Lviv, y para el aquel entonces, él se encontraba en un espacio singular, a caballo entre la Europa Occidental y la Europa Oriental.



COCHINA CONSTITUCIÓN

*

Este relato fue escrito en lengua alemana (bajo el título «Das Recht des Schweines»), en 1896, y publicado por primera vez en el semanal «Die Zeit» de Viena. En el mismo año fue reimpresso en tales periódicos como «Sachsische Arbeiter-Zeitung» de Dresde y «Münchener Post» de Múnich, así como traducido y publicado en otros idiomas como el checo, el polaco, el lituano y el ruso, además de la auto-traducción en ucraniano. Como curiosidad, la censura impuesta a una edición en ucraniano del año 1900, en memoria de Antin Gritsuniak (alguien real, pues), llegó a suscitar, en defensa de la obra, interpellaciones parlamentarias en la capital del imperio.

La presente traducción (del ruso) al castellano fue realizada por R. Estrela para la Editorial Progreso, publicada en 'Ivan Franko. Obras escogidas' (Moscú, 1972, págs. 191-198).

*

[...] Antes de que la asamblea comenzara, conversé varios minutos con unos aldeanos conocidos míos. Gritsuniak se acercó a nosotros, nos presentaron, intercambiamos algunas palabras y nos sepáramos. Mis conocidos, aldeanos jóvenes en su mayoría, que habían terminado sus estudios en la escuela popular y que, con una asidua lectura de libros, habían ampliado sus conocimientos, ensalzaban a Gritsuniak por sus asombrosas dotes de orador y por ser él uno de los pocos hombres de la vieja generación que se había adherido con toda su alma al movimiento campesino radical.



No es de extrañar que yo esperase su intervención con gran interés. Pero empezó la reunión, discutían y decidían punto por punto el orden de día. Y Gritsuniak no pedía la palabra. Únicamente al llegar al último punto, "ruegos y preguntas", se encaramó a la mesa que servía de tribuna, como de mala gana, probablemente incitado por las exhortaciones de sus conocidos. Un rumor y cierta animación se expandieron por la sala, cuando su figura apareció sobre la asamblea y todos los presentes, más de seiscientas personas, muy apretadas en un local no muy espacioso, se callaron; en la sala no se oía ni una mosca.

— Pues, si yo debo hablar —se dirigió Gritsuniak muy serio a los que estaban cerca de él—, debo tener ante mí un papel. Yo, la verdad, soy analfabeto, pero entiendo las cosas, y sin papel no sé hablar.

Una sonora risotada fue la respuesta a estas primeras palabras de Gritsuniak. Uno de los que estaba a su lado le dio una hoja de papel en blanco. Gritsuniak la cogió con las dos manos y teniéndola delante de sí, como si la leyera, comenzó su discurso con voz monótona y sonsonete de escolar aldeano que aprende a leer por sílabas. Después, sus entonaciones se animaron, pero su discurso seguía al mismo ritmo, haciéndonos recordar la prosa bíblica. A cada minuto, la asamblea interrumpía su relato con ruidosas risas, pero el orador no se inmutaba, por el contrario, ante las

explosiones constantes de hilaridad general, su cara se ponía cada vez más seria, casi melancólica, hasta que al final tomó una expresión de completa apatía. Y todo el humor e ironía eran transmitidos por sus ojos, que brillaban fulgurantes bajo las enmarañadas cejas.

— Escuchad, hermanos, qué conversación tuve hace poco con un conocido mío. Viene a mi casa un amigo, al que no veía hacía tiempo. Nos saludamos como Dios manda, y le pregunto:

— ¿Qué hay viejo, qué tal andas de salud? ¿Cómo va la vida?

— Gracias a Dios, estoy bien y vivo bien —me responde.

— Pues eso es buena nueva —le digo— y tengo mucho interés en saber qué traes de bueno.

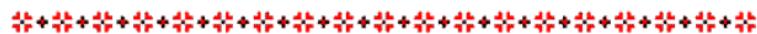
— ¿Qué traigo de bueno? Difícil es contestarte, tanto más, cuando tú mismo lo sabes.

— No, no, no te vayas por las ramas —le dije—. Relátame con detalle lo que tienes de bueno.

— Ay, amigo —contestó—, ¿acaso no ves lo bien que hemos llegado a vivir, gracias a Dios? Fíjate tú el tiempo que llevamos sin saber lo que es la servidumbre; ante la ley todos somos iguales y, además, constitución tenemos, gracias a Dios.

Tantas cosas soltó de golpe, que al pronunciar las últimas palabras le faltó aliento.

— Vaya, vaya, cierto es, buen amigo —dije yo—; magníficas son todas esas cosas que has dicho aquí; pero ¿sabes qué?, yo opino que no hay que darles demasiada importancia.



— ¿Por qué?

— Pues porque se parecen a los pañuelos que se venden en el bazar: se destiñen y manchan los dedos de quien los toca.

Mi conocido no llegó a comprenderme, y yo proseguí:

— ¿Sabes qué, amigo? La pura verdad es que no estamos obligados a trabajar la hacienda señorial, pero ¿no te acuerdas más exactamente cómo vivíamos entonces y cómo existimos ahora?

Mi conocido no pudo recordarlo con todos los detalles, por eso tuve que ayudarle a hacer memoria.

— Verdad que entonces, cada día muy temprano, andaba el intendente del amo por la aldea de una casa a otra; golpeaba con una porra a la puerta y gritaba: «¡Eh, tú Iván, Grit, Semión, hala a trabajar en el campo del señor, si no le tendré que dar trabajo a mi porra!»

— ¡Cómo no, cómo no, así era! —me contestó mi amigo y, sin quererlo, se rascó cierto lugar, que en aquél momento, por cierto, no le picaba en absoluto.

— Pues bien, ¿cómo vivís ahora? El intendente ya no anda con la porra por la aldea de casa en casa. Eso es cierto. ¿Pero qué hace el *mujik*? Pues te lo voy a contar, mi querido amigo. El *mujik* se levante muy temprano, sin que tengan que despertarlo, coge una gallinita o unas tres docenas de huevos y va a ver a ese mismo intendente que ahora se llama de otra forma, pone el regalo ante él y con

Mi pobre amigo no sabía qué responder a estas palabras mías, se limitó a suspirar profundamente y a menear la cabeza.

— Y dices, querido, que ante la ley todos somos iguales —le sigo hablando—. Es posible que sea verdad aunque yo no lo he notado todavía. Vaya cuando vaya a ver al señor alcalde o al señor juez o hasta cuando voy al consejo regional autónomo, siempre oigo decir lo mismo que oía antes del año 1848: «¡Espera *mujik!*!» «¡Fuera de aquí, *mujik!*!» y una vez en la que yo intenté filosofar y alegué mi igualdad ante la ley, recibí un bofetón tan fuerte y sonoro como en los tiempos pasados. Pero mira lo que ocurre cuando se presenta en las oficinas el señor terrateniente, el señor funcionario o un simple arrendatario y verás como nunca les hacen esperar en el patio; ¡inmediatamente les ruegan sentarse y les tratan con toda finura, con tanta delicadeza!... Así que, ¡tal igualdad ya la teníamos antes del año 1848!

— ¡Pero entonces nos apaleaban! —repuso mi conocido y de nuevo, maquinalmente, se rascó un lugar que no escocía.

— Tienes razón —le contesté—, entonces nos apaleaban, pero ahora han inventado unas cosas que en nada se diferencian de los palos. Además, con añadiduras. Mira lo que le dijo uno de mis

vecinos al señor jefe. Pues a este vecino mío, hombre en extremo pacífico, le vino a la cabeza ir a Viena con aquella numerosa delegación, ¿te acuerdas?, que fue a ver al emperador para quejarse de los atropellos que el pueblo sufría por culpa del conde Badeni. Pues después, sabes... la delegación fue atendida, sí, atendida en Viena, pero cuando regresó a casa, a todos aquellos pobres delegados les empezaron a hacer interrogatorios y a vejarlos. A mi vecino tampoco le pasaron por alto; el señor jefe de la policía comarcal le multó con cincuenta *guldenes*. Cuando mi vecino oyó tal sentencia, cobró el ánimo y le dijo: «Señor jefe, yo soy un hombre pobre. Si he cometido tan grande delito, al ir a quejarme ante el emperador sobre las elecciones al Sejm, no le podré hacer objeción alguna y estoy dispuesto a sufrir ese justo castigo. Pero mi mujer y mis hijos no tienen culpa alguna de esa fechoría mía, por lo tanto, ¿por qué les castiga usted a ellos? ¡Castígueme a mí solo y no a ellos! Si usted me impone tal multa, para poder reunir ese dinero tendré que vender mi última vaca y el último cerdo y ese castigo, entonces, será mucho más terrible para mi familia que para mí. Por eso le ruego a usted, mi noble señor jefe, ¿no podría hacerme un favor y cambiarme esa multa en dinero por palos? Yo, gracias a Dios, soy un *mujik* fuerte, sano; cincuenta palos los podré soportar, como sea, mientras que una multa de cincuenta *guldenes*, Dios es testigo de que mi hacienda no la

va a poder resistir». Así le habló mi pobre vecino al señor jefe de la policía comarcal, pero éste no satisfizo su ruego porque todos nosotros —le dijo— somos iguales ante la ley; ahora no se dan palos, pero lo que se ordena pagar, hay que pagarlos, aunque tengas que sacarlo de tus propias entrañas. Y mi desdichado vecino espera cada día al ejecutor judicial que se le va a llevar todos sus bienes por no haber pagado aquella multa. ¿Qué me dices tú, ahora, querido amigo, de esos palos de nueva moda, que en vez de castigar una sola parte del cuerpo, apalean a toda la persona y, además, castigan a toda la familia?

Mi conocido no supo qué responder y suspiró profundamente.

— Constitución también la tenemos —continuó yo después de una corta pausa—, ¡cómo no!, la tenemos. Dicen que es muy bonita y arrogante. ¿La has visto alguna vez?

— ¡Si la he visto? —repuso asombrado mi conocido—. En el papel, la he visto impresa en un librito, ¡desde luego!

— Eh, no, yo no hablo de la de papel —le repuse— hablo de la auténtica, tal y como es en la realidad. ¿Has visto alguna vez nuestra constitución verdadera, real?

— ¡Cómo se la puede ver? Si todos vivimos en ella, la sentimos...

— Oh, sí, sí la sentimos, ¡has dicho una gran verdad!



Pero yo la he visto con mis propios ojos y te lo quiero relatar. Iba yo una vez con mis dos hijos a la feria de Ternópil. Delante de mí iba también en su carro un campesino desconocido, con su mujer. Él, sentado en la delantera, arreaba a los caballos; la mujer se había instalado en el asiento de atrás y, entre ellos, cubierto de paja y bien atado, iba tumbado un cerdo grande, bien cebado, que llevaban a vender a la ciudad. El cerdo, quieto, mostraba su orejuda cabeza. Al llegar ya a Ternópil pasamos la barrera de entrada y vemos que cerca de la garita está sentado un señor de edad avanzada con un reluciente cuchillo en las manos y fumando una pipa de largo tubo... ¡así de largo! Nada más ver el carro con el cerdo, saltó del banco enseguida y gritó:

— ¡Para, *mujik*!

El aldeano paró el carro y el señor se le acercó con el cuchillo.

— ¿Qué llevas? —le preguntó severo.

— Un cerdo, misericordioso señor —le contestó, pacífico, el aldeano.

— Ya veo que es un cerdo, ¿pero, cómo lo llevas? ¡Eh! ¿Es que no ves que al pobre animal se le han hinchado las patas de llevarlo atado? Y tú, vago, malvado, ¿no sabes, acaso, que está prohibido martirizar de ese modo a los pobres animales de granja?

Así hablando, el señor se acercó al cerdo y con su cuchillo le cortó las cuerdas tan hábilmente que, por apresurarse, hirió al cochino en las patas.

— ¡Venga, a comisaría! ¡Habrá que castigarte como te mereces! —gritaba el implacable señor, liberador del cerdo.

El *mujik*, asustado, seguía sentado en el carro y empezó a implorar al furioso señor, pero éste no le quería hacer caso. La mujer del *mujik*, que se ve era ingeniosa, comprendió cómo podría apartar aquella desgracia. Mientras su marido porfiaba con el inflexible señor, ella sacó del seno un pañuelo rojo, hurgó en él cosa de un minuto, sacó veinte *cruceros* que llevaba atados en un ángulo —posiblemente, había estado trabajando dos días y pasando hambre para ganárselos—, se los metió al tenaz señor en la mano y, luego, empezó también a implorarle junto con su marido. Sólo entonces él se ablandó un poco y dijo:

— Bueno, por esta vez se lo perdonó, y les voy a dejar pasar, pero recuérdenlo toda la vida.

Mientras tanto, yo con mi carro me adelanté un poco, pero dije a mis muchachos que refrenaran a los caballos, pues quería ver cómo va terminar aquel asunto. Tuvimos que esperar bastante hasta que el campesino del cerdo nos dio alcance. Pero ahora el orden en el carro no era el mismo de antes. La mujer iba sentada en la delantera y guiaba los caballos, mientras que el marido iba detrás y con los dos brazos tenía sujeto al cerdo, agarrándolo por el cuello. El cerdo, libre de las cuerdas, iba de pie en el carro, mirando a todos los lados, espantándose a cada momento, cuando veía un nuevo objetivo y dispuesto a saltar en cada

instante. Y muy punto les alcanzó un brillante carroaje señorrial con un tiro de cuatro caballos. Los corceles iban a galope, sonaban las campanillas, el cochero hacía restallar el látigo... El cerdo se espantó terriblemente, se echó a un lado y saltó del carro. El dueño, que tenía sujeto al cerdo por el cuello, se ve que era más débil que el animal y se cayó también del carro y con tan mala suerte que se dio con la cara contra una piedra, quedando maltrecho y ensangrentado. El cerdo echó a correr, pero mis chicos saltaron del carro, lo alcanzaron y ayudaron al aldeano a llevar al cochino a pie hasta el mercado. ¡Ese es, amigo, el aspecto que tiene nuestra cochina constitución!

Pero eso aún no es todo.

Aquel mismo día, al empezar la tarde, salí yo de Ternópil con tiempo suficiente para llegar a casa antes del anochecer. Nos acercábamos a la barrera de antes y aún seguía allí sentado aquel furioso señor del cuchillo reluciente, fumando tranquilo su cachimba. Eché una mirada a los campos de la huerta y, de repente, a lo lejos, por la carretera, veo a dos, vestidos de *mujiks* y que, con paso regular, se dirigían a la ciudad.

«Probablemente, esos han sido mucho tiempo soldados —pensé yo—, pues han aprendido tan bien a marcar el paso que todavía ahora, ya en la vejez, lo marcan de primera y guardan perfectamente la alineación».

Pero cuando se acercaron más a nosotros, vi detrás de ellos algo negro y sobre sus cabezas no

sé qué cosa brillante, como una lengüeta de fuego. No hacía falta mucha sutileza para llegar a saber que era un policía guardián, y cuando se acercaron aún más, oía, a cada paso que daban, una melodía queda: ¡dzin-bren!, ¡dzin-bren!

«¡Vaya —pensé— ya sé de qué se trata! ¡He ahí porqué marcan tan bien el paso y marchan perfectamente alineados! ¡Espera un poco, señor guardián! ¡Ya verás en cuanto llegues a la entrada!... En cuanto aparezcas con esa pobre gente, tan brutalmente encadenada, ante los ojos de ese severo señor del refulgente cuchillo, ¡sabrás, entonces, que no se puede martirizar así a seres bautizados!»

Y ya empezaba a temblar mi alma al pensar que el severo señor de la entrada, al darse prisa para romper las cadenas con que iban amarrados aquellos dos desdichados, podría malherir sus manos, como había herido las patas del cerdo. Para mí era también curioso ver cómo el furioso señor se iba a lanzar sobre el inhumano guardián y cómo le iba a llevar a la comisaría de policía. Pero, con gran asombro mío, nada parecido ocurrió. Los dos presos encadenados y el guardián pasaron tranquilamente la entrada frente al severo señor del cuchillo, y ese furioso señor no creáis que se echó sobre el guardián. ¡Nada de eso! Al contrario, se levantó y respetuosamente le saludó con una inclinación, mientras que yo me marché a casa, con un palmo de narices. Así que querido amigo —dije, concluyendo mi relato—,

esa es la faz que tiene nuestra constitución del *mujik*. ¡El *mujik* se ve obligado a tenerle envidia a un simple cerdo!

La ovación ensordecedora que estalló después de estas palabras duró bastante tiempo. Cando se restableció el silencio, el viejo Gritsuniak añadió:
— Perdonad, queridos amigos, debería haber hablado de esto en el punto llamado «Causas de la emigración», pero creo que aún no es demasiado tarde.

Y dichas estas palabras se bajó de la mesa.



*Grabado de la «Cochina constitución», 1986,
por Petro Shporchouk.*



EL ALBAÑIL

*

Este relato fue escrito en 1878 pero no se publicó hasta 1880, en lengua polaca (bajo el título «Mularz»), en el periódico «Praca» de Lviv, luego reimpresso en el folletín del diario «Prawda» de Varsovia. Cuando el autor presentó el texto en ucraniano a la revista «Zorja», su editor lo rechazó diciendo que resulta inverosímil porque «los albañiles en general son grandes vagos». Finalmente, Iván Frankó incluyó el texto en ucraniano de este relato en una colección de sus obras, en 1890. En adelante, el relato fue reeditado en numerosas ocasiones, también en su versión en ruso, a partir de la primera traducción en el año 1900. La presente traducción (del ruso) al castellano fue realizada por R. Estrela para la Editorial Progreso, publicada en 'Ivan Franko. Obras escogidas' (Moscú, 1972, págs. 47-53).

*

¡Ah!, esos golpes, ese resonar, esos gritos en la calle, ante mi propia ventana, me ahuyenta de la cabeza cualquier pensamiento, no me dan ni un minuto de descanso, me distraen del trabajo. Y no tengo dónde meterme, dónde esconderme de ese insopportable golpear. Desde la mañana hasta la noche no cesa, y cuando me acuesto, agotado por el bochorno del día, lo oigo con nitidez hasta en sueños. Y así, llevo ya dos meses enteros, ¡imagínense ustedes! Desde que ante mis ventanas empezaron a construir esa nefasta casa, no he escrito ni un renglón y en mis oídos retumban incesantemente ese sonar y golpear.



Al no estar en condiciones de hacer algo yo mismo, me paso los días sentado junto a la ventana y miro como otros trabajan. El espectáculo del movimiento, el corretear, el trabajo de varias decenas de personas que van y vienen, bullen en aquella estrechez como las hormigas en el hormiguero, atenúa mi excitación nerviosa. Me tranquilizo al ver cómo, poco a poco, bajo las manos de esa masa de gente obrera crece una casa grande, cómo van levantándose más y más sus paredes, cómo hierve silbante y echa humo la cal, que apagan en cajones grandes de madera y los vierten luego en el albañal, cómo los albañiles alisan los ladrillos, colocándolos en el lugar correspondiente, cómo las mujeres y muchachas llevan cemento en cubos, pendientes de un palo, cómo los peones, arqueada la espalda, en parihuelas de madera, puestas igual que el yugo sobre ambos hombros, llevan ladrillos hacia arriba por los andamios. Todo el duro trabajo diario de esta gente pasa ante mis ojos como una especie de nube turbia; al oír sus gritos, bromas y conversaciones, me olvido de mí, como si me hundiera en una espesa niebla infinita y, vertiginosamente, sin darme cuenta, pasan las horas, pasan los días.

Solo los capataces con sus gritos, blasfemias, con sus mofas y amenazas a los obreros y su arbitrariedad me sacan de esa niebla profunda, me hacen recordar la abominable y realidad. Son dos solamente, pero dan la impresión de estar en todas partes. Los obreros se callan y encogen en

cuanto uno de ellos aparece. No hay manera de satisfacerles, nada se hace a su gusto. Por cualquier motivo empiezan a insultar, están siempre dispuestos a saltar alguna palabra despectiva, maligna, ¡y que no se atreva algún obrero a responder, a defenderse o interceder por su compañero! Porque entonces al señor capataz se le sube la sangre a la cabeza, empieza a babear de rabia, ¡y menudo rapapolvo recibe el culpable! ¡Y menos mal si le toleran aguantarlo todo, si no le echan inmediatamente del trabajo! Porque ellos son aquí los amos absolutos, su poder sobre los obreros no tiene límites, y si echa a uno, encuentran en el acto a cuatro para sustituirle, que pedirán les coloquen en el lugar del despedido. ¡Ah, este verano los capataces se sienten a sus anchas! Elige al que quieras y quitale del jornal lo que te dé la gana, pues nada dirán los obreros y si a alguien se le ocurre quejarse al arquitecto, ¡lo echarán del trabajo y que se muera de hambre, ya que no quiere ser sumiso!

Una vez, cuando, como de ordinario, estaba yo sentado junto a la ventana, observando el trabajo, de repente empezaron a gritar en la pared de la fachada. Yo no vi el motivo, solo advertí que el capataz se abalanzaba hacia uno de los obreros, un albañil alto y sombrío de mediana edad y empezaba a injuriarle con las palabras más soeces. El obrero no decía nada, se había inclinado y continuaba su trabajo. Pero su silencio obstinado y taciturno irritaba aún más al capataz.

— Ladrón, vagabundo, largo de aquí —gritaba rabioso el capataz, arremetiendo contra el obrero.

Yo veía que la cara tétrica del albañil, inclinada sobre los ladrillos, se ponía cada vez más roja como si se llenara de fuego. Apretados los dientes, callaba.

— ¿Qué, tengo que repetírtelo cien veces, patibulario, miserable bandolero? ¡Fuera de aquí, márchate ahora mismo, si no, ordenaré que te echen por la fuerza!

Era evidente que el obrero luchaba consigo mismo para contenerse; su rostro estaba cárdeno. Por fin, sin cambiar de postura, alzando levemente la cabeza, despacio, pero con un desprecio indecible en cada palabra, masculló:

— ¡El *mujik* siempre será *mujik*! ¡Y el villano, siempre será villano! ¡Líbrenos Dios de hacer señor al *mujik*!

Al oír esas palabras, el capataz, por un instante, se quedó de piedra. Se veía que la frase del albañil le había herido en lo más vivo. Él antes también era campesino y ahora, al haberse hecho «señor capataz», se avergonzaba mucho de su origen. Por eso, después de estar pasmado un minuto, estalló como una caldera de vapor.

— ¿Qué? ¿Te metes conmigo? ¡Pues espera, que yo te enseñaré lo que es bueno! ¡Te voy a dar una buena lección! ¡Fuera de aquí!

El obrero no se movía del sitio y seguía trabajando.

— ¡Largo de aquí, motinero! ¡Vete a los quintos infiernos, si no, llamaré a la policía!

El obrero, obstinadamente, seguía martilleando en el ladrillo. Entonces el contratista se lanzó sobre él, le arrancó de la mano el martillo y lo tiró a la calle. El albañil, indignado, rechinó los dientes y se enderezó.

— ¡Villano! —le gritó—. ¿Por qué diablos no me dejas en paz? ¿Qué quieres de mí?

— ¡Ah, todavía me amenazas! —gritó el capataz.

— ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Bandoleros!

Al oír estos gritos, llegó corriendo el segundo capataz y, juntos, se lanzaron sobre el albañil. Este no se defendía. Una lluvia de golpes cayó sobre sus espaldas. Acompañado de puntapiés, mudo de ira y desesperación, se bajó del andamio y se echó al hombro la bolsa con los instrumentos.

Los demás obreros, testigos de la escena, seguían trabajando en silencio, encorvados sobre la mampostería y con los dientes apretados. Ninguno de ellos dijo ni una palabra.

— Por muy bien que se vista el villano, a estiércol olerá como el marrano —gritó el albañil al despedirse, ya en la calle. En su rostro había de nuevo una sonrisa forzada, pero en sus ojos brillaban las lágrimas.

— ¡Así te rompas la crisma, sedicioso, maldito bandolero! — vociferó el capataz desde arriba, amenazándole con el puño!

Al día siguiente, me levanté temprano y me asomé a la ventana. En la calle aún reinaba el

silencio. Los obreros iban llegando a la obra. Me asomé mucho al ver entre ellos al albañil despedido el día anterior. Lleno de curiosidad, me puse a esperar lo que ocurriría cuando llegase el capataz. Los demás obreros, hablaban de vez en cuando entre ellos, pero ninguno se acercaba al despedido, que estaba junto a la valla. Por fin llegó el capataz, resoplando como el fuele de una fragua. Echó una rápida ojeada sobre los obreros; su mirada, llena de ira, se detuvo en el albañil despedido ayer.

— ¿Y tú, sedicioso, otra vez aquí? ¿Para qué has venido? ¿Quién te necesita?

— Señor capataz —profirió el obrero, avanzando dos pasos (entre el silencio general se oía cómo temblaba su voz ahogada)—, señor capataz, sea usted razonable. ¿Qué le he hecho yo? ¿Por qué me deja sin pan? Usted sabe que ahora no voy a encontrar trabajo en ninguna parte, y mientras tanto en casa...

— ¡Largo de aquí, cara de presidiario! —rugió el capataz, a quien hoy tampoco le gustaba la sumisión del obrero, como no le había gustado ayer su silencio obstinado, sombrío.

El albañil bajó la cabeza, metió su bolsa debajo del brazo y se fue.

Toda una semana después de lo descrito, cada mañana observaba, desde la ventana, la misma escena. El albañil despedido, por lo visto, no podía encontrar trabajo en ninguna parte y cada mañana venía a pedir al capataz que le admitiera de nuevo.

Pero el capataz era inquebrantable. Ningún ruego, ninguna súplica le conmovían y cuanto más se humillaba el albañil ante él y más se hundían sus empañados ojos, tanto más altanero se mostraba el capataz y más humillantes y despectivas eran las palabras con que ofendía al desdichado obrero. Y el pobre, después de cada negativa se limitaba a apretar los dientes, metía en silencio debajo de su brazo su bolsa y huía sin mirar adónde, como si huyera de una terrible tentación que lo empujaba a cometer algo malo.

Esto ocurrió un sábado por la tarde. Una lluvia inesperada me pilló en la calle y me vi obligado a cobijarme en una taberna próxima. En la taberna no había gente. El local sucio y húmedo estaba débilmente alumbrado por una bombilla que se balanceaba tristemente bajo el techo, y tras el mostrador dormitaba la dueña, una judía mayor y gruesa. Eché una mirada a mí alrededor, y quedé maravillado por lo que vi: sentados a una misma mesa estaban el conocido albañil y, junto a él, su enemigo jurado, el capataz. Ante cada uno de ellos había un bock de cerveza medio vacío.

— ¡Ea, que Dios nos ayude, compadre! —le dijo el albañil, chocando su bock con el del contratista.

— ¡Que Dios también te ayude! —le contestó aquél en un tono un cuánto más afable que en la calle, cuando trabajaba.

Tal extraña amistad despertó mi interés. Pedí para mí cerveza y me senté un poco apartado, en el otro extremo de la sala, en la mesa del rincón.

— Pues debo decirte, compadre —se lamentaba el albañil, que con dificultad procuraba mantener un tono desenvuelto— ¡no está bien que te hayas puesto así conmigo, enserio, no está bien! ¡Por esas cosas, compadre, Dios castiga!

Al lanzar estas exclamaciones, golpeó en la mesa con el bock y pidió otros dos más.

— ¡Tú bien sabes, compadre, cuán necesitados estamos en mi casa! No tengo por qué decírtelo. ¡Mi mujer está enferma, no puede ganar nada y yo aquí, por tu voluntad, estoy toda la semana sin un céntimo!... Si yo estuviera solo, aguantaría de alguna manera. Pero ya ves, la mujer enferma, y esos críos, los pobrecillos casi no pueden arrastrarse, chillan, piden pan... Mi corazón se desgarra, compadre, ¡te juro por Dios, se desgarra! ¡Pues yo soy su padre!

— El contratista escuchaba las palabras del obrero con la cabeza baja y meneábala como si dormitara. Y cuando la tabernera trajo más cerveza, cogió el primero el bock, lo chocó con el del albañil y dijo:

— ¡A la salud de tu mujer!

— Que Dios te la dé también a ti —contestó el albañil y bebió un trago. Por su cara se veía con qué desgana sus labios tocaron la bebida. Ay, posiblemente se estaba gastando hasta el último céntimo del dinero tomado prestado hacía cuatro días con el que debía dar de comer a toda su desdichada familia hasta que llegaran mejores días, porque ¡quién sabe si podría otra vez pedir

prestado! ¡Y ahora con esos últimos céntimos tenía que invitar a su enemigo, para ablandarle por lo menos!

— Tú, compadre querido, razona a conciencia. ¿Dime, qué te he hecho yo de malo? ¿Te he dicho alguna mala palabra, llevado por la ira? ¿Pero cuántas me has dicho tú? De verdad, compadre, no está bien lastimar así a un pobre hombre.

El capataz, después de beberse la cerveza, bajó de nuevo la cabeza, y la movía como si estuviera soñoliento.

— Anda —dijo indeciso el albañil—, hazme ese favor, el lunes... sabes... Ya ves, ¿dónde puede colocarse un pobre? ¿Será posible que tengamos que perecer todos, con mi mujer y los hijos?

— ¿Bueno, qué, vas a pedir que me sirvan una vaso más de esta espuma o no? —le interrumpió el capataz.

— ¡Naturalmente, claro que sí! ¡Eh, tabernera! ¡Un bock más de cerveza!

La dueña trajo la cerveza, el capataz la apuró y se limpió los bigotes.

— Dime, ¿qué vamos a hacer? —preguntó el albañil, inquieto, tratando de agarrar al capataz del brazo y mirándole a la cara.

— ¿Qué vamos a hacer? —le contestó el capataz en tono frío, levantándose y disponiéndose salir—. Gracias por la cerveza, pero el lunes no vengas al trabajo, he tomado ya a otro. ¡Por cierto —estas palabras las pronunció cuando estaba ya junto a la

puerta—, yo no necesito motineros y patibularios como tú!

Y el capataz de un salto salió a la calle y cerró tras sí la puerta de la taberna.

El desdichado albañil quedó inmóvil, como fulminado por un rayo.

Permaneció largo tiempo sin moverse, sin saber en qué pensar siquiera. Después se recobró. Una idea salvaje cruzó veloz por su mente. Agarró con una mano la mesa a la que estaba sentado, rompió una de las patas y la lanzó contra el mostrador. El ruido, el estruendo, los chasquidos, los gritos de la dueña, las exclamaciones de la gente que acudía, la voz de la policía, todo se juntó en una sinfonía salvaje, ensordecadora. Un minuto después, el desdichado albañil apareció entre una multitud de tenderos que, rugiendo y gritando, con frenéticos alaridos, entregaron al «bandolero medio loco y endiablado» en manos de la policía. El terrible guardián del orden público lo agarró del cuello y lo lanzó delante de él, de un empujón. Al lado del policía, arrastrando los pies, medio muerta de miedo, iba la tabernera que había dejado en su lugar a otra judía, y la gran multitud de harapientos callejeros que les rodeaba, con gritos y clamores, se dirigió al departamento de policía.

NOVELA

Iván Frankó es autor de 10 novelas, publicadas entre 1875 y 1907. Para V. Korniychuk, la variedad temática le fue también propia en la prosa más extensa: novelas de aventura, las de carácter sociopsicológico, las que introdujeron temas obreros, las que ponían de relieve cuestiones de los intelectuales demócratas de Galitzia, las que trataban la relación con el campesinado..., sin que falte mencionar el éxito de sus obras policíacas.

Su última novela (corta), «GRANDE RUIDO» (1907) sobre la vida del campesinado galitziano en los primeros años después de la supresión de la servidumbre [en 1848],- destaca Korniychuk,- testifica la evolución del escritor del realismo al modernismo.

'ZAJAR BÉRKUT', que se expone a continuación, es –junto a la 'CHORNA RADA' de P. Kulish- una de las novelas históricas ucranianas más clásicas y destacadas.



ZAJAR BÉRKUT

Esta novela histórica fue escrita en 1882 y presentada al concurso convocado por la revista literaria «Zorja» de Lviv, resultando ganadora en el mismo.

Según el propio Frankó sobre la novela, «del siglo XIII (cuando la invasión de los mongoles), es idealista (en el entender de los caracteres) aunque realista por el método de escritura, al igual que el 'Salambó' de Flaubert; con base en los pocos documentos sobre la sociedad del aquel entonces, se pretende ilustrar la vida de nuestras comunidades regida por el autogobierno, sin jefes supremos y de forma federal, así como la pugna entre la forma asamblearia federal y el destructivismo de los boyardos y gobernadores, y en definitiva la devastadora fuerza de los mongoles».

La trama se centra en el año 1241 en la población Tujla, en los Cárpatos ucranianos. Entre los personajes principales, Zajar Berkut es el mayoral y el curandero de la población; Maxim es uno de sus hijos. Tugar Vovk es un boyardo que vino a la población con su hija, Miroslava, regalándole las tierras del lugar el rey Daniel de Galitzia. El conflicto de la trama es doble: Tugar Vovk trató de imponerse a la comunidad acostumbrada a la autogestión y, además, se opone al amor surgido entre Maxim y Miroslava. Entre asesinatos y traiciones, acaba de lado de las tropas mongoles, lideradas por Burunda (Boroldai), que después de arrasar la estepa ucraniana llegan a aquella localidad montañosa que les resiste.

En vida de Frankó, la obra fue traducida al ruso y parcialmente al alemán, así como adaptada para representaciones teatrales ucranianas.

En 1971, Zajar Bérkut fue llevado a las pantallas en la Unión Soviética. En 2017, en Ucrania se empezó a filmar una película basada en esta novela histórica.



*El viejo Zajar (Zacarías) y el 'bérkut'
(del ucraniano, águila real)
con la ilusión óptica de la cabeza de Iván Frankó.
Cuadro de Oleg Shuplyak, 2012.*



IX

*

Se trata del último capítulo de 'Zajar Bérkut' (págs. 188-198), la traducción de la novela al castellano (del original en ucraniano), realizada por S. Ryzvaniuk para la Editorial Dnipró (Kiev, 1982).

*

— ¿Qué opinas? —preguntó de repente Burunda a Tugar Vovk.— ¿Qué será de nosotros?

— Moriremos todos —respondió tranquilamente Tugar.

— Yo también pienso lo mismo —confirmó Burunda—. ¡Lo que más me irrita es que moriremos sin combate ni gloria, como gatos en un estanque!

El boyardo no contestó. Un acontecimiento nuevo llamó la atención general. Los tujoleños, evidentemente, se aburrieron de esperar que el agua creciera lo suficientemente como para sepultar en ella los miserables restos del ejército mongol. Ellos se impacientaban por acabar cuanto antes con el enemigo. En el bosque, algo más allá del torrente, los jóvenes tujoleños hachaban gruesos abetos, los aguzaban en ambos extremos y a los troncos sin ramas ataban piedras pesadas para que esos inéditos arietes pudiesen desplazarse bajo el agua; con la ola oportuna, cuando en medio del lago se formó una rápida corriente en dirección a los paraderos mongoles, empezaron a bajar esos troncos corriente abajo. Bien pronto el primer tronco chocó de punta con extraordinaria

Entonces Miroslava sugirió a los tujoleños una nueva idea: unir varios troncos y bajar las balsas atadas a una cuerda por la catarata; después, atrayéndolas hacia la orilla, embarcar en cada una de ellas una decena de jóvenes fuertes y bien armados mientras que dos de ellos debían

encauzar la balsa con largas pértigas hacia los paraderos mongoles. Poco tiempo después prepararon dos balsas y las bajaron por la catarata, que tenía la mitad de la altura comparada con la de cuando el agua estaba baja. Veinte jóvenes valientes subieron a las balsas y navegaron a combatir contra los mongoles. Ese fue un combate fácil, aunque decisivo. El primer grupo de mongoles que atacaron estaba casi desarmado, atemorizado y sin fuerzas. Los tujoleños empujaron a los desdichados al agua con las pértigas y los que se resistían fueron derribados con flechas y jabalinas. Los mongoles de otras islitas, previendo una muerte inevitable, bramaron, lastimeramente. Burunda, viendo ese nuevo ataque del enemigo, hasta rechinó los dientes y empuñó las armas, pero su ira era vana: las flechas envenenadas de sus turcomanos no podían alcanzar a los audaces tujoleños. El frenético *begadir*, con el agua hasta el pecho, se veía obligado a observar inactivo como los tujoleños en isla por isla exterminaban los restos del ejército mongol. Mientras tanto, los tujoleños en el agua hacían estragos. Apretando los dientes, acuclillados en sus balsas, se acercaban a los mongoles. En algunas partes les oponían una resistencia desesperada; la sangre corría, se percibían gemidos de ambas partes, los cadáveres caían de las balsas y de las torres de piedra, pero la potencia de los mongoles ya había cedido, su resistencia fue breve. Al igual que el fuego se arrastra de banda a banda de tierra segada por los

oo
rastrojos y se lame tresnal tras tresnal de heno seco, los tujoleños limpiaban las islitas una tras otra, arrojando a los mongoles al agua, a los abrazos de la muerte. ¡Perecieron todos, hasta el último! Del grupo de islitas negras en medio del lago no quedó nada. Solamente a lo lejos, a un lado cerca de la orilla, había un montón de piedras que se erguía en medio del torrente como una intacta roca negra. Era el destacamento de Burunda. Unos cien turcomanos y Tugar Vovk era todo lo que quedaba del gran ejército mongol que por el camino tujoleño se disponía ir a conquistar Hungría, hallando entre las montañas, allí en esas aguas, su fría sepultura, no obstante haber forzado el Yaik y el Volga, el Don y el Dniéper. La última víctima de la muerte, ese puñado de audaces, se hallaba en medio de esa planicie acuática sin esperanzas de salvarse, con el único deseo de vender cara su vida en la lucha.

Toda la comunidad tujoleña se reunió en la orilla, frente a ese último refugio enemigo. Bajaron dos balsas más con el fin de rodear al enemigo y acosarlo a flechazos; pero también por delante y desde la orilla caía sobre el enemigo una verdadera lluvia de piedras y flechas. Por otra parte, la mayoría de esas flechas ni llegaban hasta el paradero de Burunda, y las que llegaban no podían provocar daño alguno. Los tujoleños, temiendo las flechas envenenadas, no se decidían a acercarse más. Pronto, al ver que gastaban flechas en vano, dejaron de tirar. Zajar se hallaba

en lo alto de un peñasco y no quitaba los ojos de encima de su hijo, quien, estando entre los enemigos, esquivaba hábilmente las flechas y piedras. Algo más lejos, entre los tiradores, estaba Miroslava; sus miradas volaban más rápido que las flechas que tiraban contra el agolpamiento de enemigos, entre los cuales se encontraban sus seres más queridos: su padre y Maxim. Con cada flecha tujoleña se le helaba el corazón.

Los jóvenes de las balsas se cansaron de tirar en vano de lejos. Se armaron de coraje y se acercaron. Los mongoles les recibieron a flechazos e hirieron a varios; pero pronto los tujoleños notaron que el enemigo había agotado las reservas de sus armas temibles y con un grito amenazante arremetieron contra ellos. Los sentenciados esperaban el ataque en silencio, amontonados, resistiéndose a los tujoleños y a las violentas olas. Pero los tujoleños, deteniéndose a dos *sázhenes* de ellos, lanzaron las jabalinas que cada uno tenía atada a las manos con largas correas. Diez mongoles gritaron simultáneamente; diez cuerpos rodaron al agua. Los jóvenes volvieron a arrojar las jabalinas derribando a varios enemigos más.

— ¡Malditos seáis! —gritaba Burunda—. ¡Así nos sacarán a picotazos a todos, villanos asquerosos!

Pero su ira ya era como un viento estéril que hace nada más que estrépito, sin dañar a nadie. Los jóvenes tujoleños, gritando, daban vueltas como cuervos alrededor del campo enemigo,

asestando aquí y allá certeros golpes de jabalina. La defensa para los mongoles se hizo imposible. Ellos se vieron obligados a mantenerse inmóviles, como atados, y esperar la muerte.

— *Begadir* —se dirigió Tugar Vovk a Burunda—. ¿Y si tratamos de salvarnos la vida de alguna manera?

— ¿Para qué? —dijo Burunda con aire sombrío.

— Sea como fuera, pero la vida es mejor que la muerte.

— Tienes razón —profirió Burunda y sus ojos brillaron, pero no con ansias de vivir, sino, más bien, con ansias de vengar. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo salvarnos?

— ¿Tal vez ahora a cambio del cautivo nos perdonen la vida y nos dejen salir de aquí?

— ¡Probemos! —dijo Burunda y, cogiendo a Maxim por la pechera, lo atrajo de la multitud y lo detuvo frente a sí. Al lado se paró Tugar Vovk y agitó un pañuelo blanco.

— ¡Tujoleños! —gritó volviéndose hacia la orilla.

En derredor reinó el silencio.

— ¡Diles que si quieren recibir vivo a este esclavo, que nos perdonen la vida y nos dejen salir de aquí! ¡De lo contrario, nosotros sabremos morir, pero él también morirá, aquí, a la vista de ellos!

— ¡Tujoleños! —gritaba Tugar Vovk—. ¡El jefe de los mongoles os promete entregaros al prisionero sano y salvo y exige que en cambio dejéis en libertad a todos los que quedamos, y sanos y

Como queriendo demostrar lo serio de sus intenciones, Burunda alzó su terrible hacha sobre la cabeza del desarmado Maxim.

Toda la comunidad quedó helada. El viejo Zajar se estremeció y desvió la mirada del espectáculo que le desgarraba el corazón.

— Zajar —dijeron los ancianos rodeándole—, creemos que podemos aceptar la proposición. El ejército mongol ha sido aniquilado y este puñado de gente no representa para nosotros ningún peligro.

— No conocéis, hermanos, a los mongoles. Entre esta gente está el más feroz de sus jefes militares y él nunca perdonará la muerte de su ejército, organizará otro que llevará a nuestras montañas y no hay ninguna garantía de que los volveremos a derrotar una vez más.

— ¡Pero tu hijo, Zajar, tu hijo! ¡Ten presente que le espera la muerte! ¡Mira, sobre su cabeza pende una hacha!

— ¡Es preferible que muera mi hijo, a que por él salga vivo de nuestras tierras aunque sea un solo enemigo!

Miroslava se acercó llorando al viejo Zajar.

— ¡Padre! —dijo entre sollozos—. ¿Qué te propones hacer? ¿Por qué quieres llevar a tu hijo y... y a mí al altar del sacrificio? ¡Yo amo a tu hijo y he jurado compartir la vida con él y estar a su servicio! ¡Su muerte será también la mía!

— Pobre muchacha —dijo Zajar—, ¿en qué puedo ayudarte? Para ti sólo existen los negros ojos y el flexible talle, yo pienso en el bienestar de todos. ¡Aquí no hay alternativas, hija!

— ¡Zajar, Zajar! —decían los comuneros—. Todos consideramos que ya es suficiente matar, que el enemigo ha sucumbido y la comuna no quiere la muerte de estos últimos. A tus manos entregamos su destino y el destino de tu hijo. ¡Ten piedad de la sangre de tu propia sangre!

— ¡Apiádate de nuestra juventud, de nuestro amor! —sollozaba Miroslava.

— En palabras puedes prometerle todo, con tal de que devuelvan a tu hijo —dijo uno de los jóvenes vallistas—. En cuanto Maxim esté en libertad, tú no haces más que darnos una señal y nosotros enviamos a todos los mongoles al fondo a nutrir cangrejos.

— ¡No! —dijo indignado Zajar—. Eso sería indigno. Los Bérkut son fieles hasta a las palabras dadas al enemigo o a traidores. ¡Los Bérkut nunca se mancharán las manos ni el corazón con la sangre derramada traidoramente! ¡Basta, hijos, de deliberar! ¡Aguardad, con mis propias manos he de enviarles la respuesta!

Y, volviéndose, se acercó al aparato en cuya cuchara yacía una enorme piedra. Con mano firme, intrépida, se agarró de la cuerda que mantenía la cuchara en posición horizontal.

— ¡Padre, padre! —gritaba Miroslava intentando acercársele—. ¿Qué quieres hacer?



Pero Zajar, como si no oyera sus gritos, apuntaba imperturbablemente al enemigo con el aparato lanzapiedras. Mientras tanto Burunda y Tugar Vovk esperaban en vano la respuesta de los tujoleños. Maxim, tranquilo, con la cabeza inclinada y dispuesto a todo, se hallaba bajo el hacha levantada de Burunda. Sólo Tugar Vovk, no se sabe por qué, temblaba de pies a cabeza.

— ¡Eh, que nos hacen esperar tanto! —gritó al fin Burunda—. ¡La madre pare una vez y una vez hemos de morir! ¡Pero antes de que muera yo has de morir tú, esclavo asqueroso!

Y con fuerza brutal levantó el hacha para partir de un golpe la cabeza de Maxim.

Pero en ese momento sobre la cabeza de Maxim brilló la espada de Tugar Vovk y la amenazante y mortífera mano de Burunda junto con el hacha, amputada de un golpe a la altura del hombro, bañada de sangre, cayó al agua como un leño seco.

Burunda bramó de ira y dolor y con la mano izquierda se prendió del pecho de Maxim; sus ojos, expresando un odio mortal, se clavaron en el boyardo que lo traicionara.

Pero en ese mismo instante Maxim se encorvó y con todas sus fuerzas asestó con la cabeza y los hombros un golpe al costado izquierdo de tal manera que Burunda perdió el equilibrio y rodó al agua arrastrando tras sí a Maxim.

Momentos seguidos el aire se llenó de rumores y una enorme piedra arrojada desde el aparato

tujoleño por Zajar Bérkut cayó estrepitosamente sobre el grupo de enemigos. El agua salpicó hasta las mismas nubes, retumbaron las piedras, de la orilla se oyó un clamor desgarrador; al cabo de algunos momentos la superficie del lago volvió a hacerse llana y tranquila y del destacamento de Burunda no quedó nada.

Conteniendo la respiración, como muerta, se hallaba en la orilla la comunidad tujoleña. El viejo Zajar, tan fuerte e inquebrantable hasta esos momentos, temblaba como un niño y, ocultándose el rostro con las manos, sollozaba amargamente. Miroslava yacía inmóvil, sin sentido, a sus pies.

De pronto se oyeron gritos de alegría emitidos de abajo. Al acercarse al lugar donde habían caído al agua Maxim y Burunda, los jóvenes que navegaban en las balsas de improviso vieron emerger a Maxim, sano y fuerte como siempre, y lo saludaron con regocijadas exclamaciones. Su alegría bien pronto se transmitió a toda la comuna. Hasta los que habían perdido a sus hijos, hermanos y esposos se alegraron por la salvación de Maxim, como si junto con él hubieran regresado todos los seres queridos que perecieron en la lucha.

— ¡Maxim está vivo! ¡Maxim está vivo! ¡Hurra, Maxim! —se esparcieron los atronadores gritos lejos en los bosques y montañas—. ¡Padre Zajar, tu hijo está vivo! ¡Tu hijo ha regresado a ti!

Zajar se levantó temblando de la profunda emoción, con los seniles ojos llenos de lágrimas.

— ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó con voz queda.

Maxim, completamente mojado, pero con el rostro radiante de alegría, saltó de la balsa y se arrojó a los pies de su padre.

— ¡Padre mío!

— ¡Hijo! ¡Maxim!

Ninguno de los dos pudo pronunciar nada más. Zajar tambaleó y cayó entre los poderosos brazos de Maxim.

— ¿Qué te pasa, papá? —exclamó viendo una palidez mortal en el rostro del anciano y experimentando el temblor indomable que estremecía su cuerpo.

— Nada, hijo, nada —dijo Zajar en voz baja, sonriendo —. El Guardián me está llamando. Yo oigo su voz, hijo. Me está diciendo: «¡Zajar, has cumplido con tu deber y es hora de descansar!»

— ¡Papá, papá, no hables así! —sollozaba Maxim apretándose contra él. El viejo Zajar, tranquilo, sonriente, yacía en la hierba con el rostro radiante dirigido hacia el sol del mediodía. Él quitó fácilmente de su pecho la mano de Maxim y dijo:

— ¡No, hijo, no llores por mí, yo soy feliz! Mira, allí hay alguien que necesita de tu ayuda.

Maxim miró en derredor y quedó pasmado. En el suelo yacía Miroslava, pálida, con la desesperación dibujada en su hermoso rostro. Unos jóvenes trajeron agua y Maxim trató de volver en sí a su amada. Ella suspiró, abrió los ojos y los volvió a cerrar.

— ¡Miroslava, Miroslava! ¡Corazón mío! —llamaba Maxim besando sus manos—. ¡Recóbrate!

Miroslava, como despertándose de un sueño, atónita, fijó su mirada en el rostro de Maxim.

— ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? — preguntó con una voz que apenas se oía.

— ¡Aquí, aquí, entre nosotros! ¡Junto a tu Maxim!

— ¡Maxim? —exclamó ella incorporándose.

— ¡Sí, sí! ¡Ves, estoy vivo, soy libre!

Fue largo el silencio que guardó Miroslava, sin poder recuperarse del atolondramiento. Súbitamente se arrojó a los brazos de Maxim y lloró a lágrima viva.

— ¡Maxim, corazón mío!... No pudo decir nada más.

— ¿Dónde está mi padre? —preguntó Miroslava momentos seguidos.

Maxim volvió la mirada.

— ¡No hables de él, corazón mío! El que sopesa la verdad y la mentira sopesa sus acciones buenas y malas. Recemos que las buenas pesen más.

Miroslava se enjugó las lágrimas y dirigió a Maxim una mirada llena de amor.

— Acércate a mí, Miroslava —dijo Maxim—. He aquí nuestro padre, pero él también nos abandona.

Zajar miraba con satisfacción y cariño a la joven pareja.

— ¡Arrodillaos junto a mí, hijos! —dijo en voz baja, debilitada ya—. Hija mía, Miroslava, tu padre ha muerto y no seremos nosotros, quienes

— ¡Y un marido! —añadió Maxim estrechando una mano de Miroslava.

— ¡Qué os bendigan los dioses de nuestros antepasados, hijos! —dijo Zajar—. El destino ha unido vuestros corazones en días difíciles, os habéis mantenido firmes en la tempestad más grande y salido con dignidad. ¡Qué vuestra unión en este día triunfal sea garantía de que nuestro pueblo también superará las penosas adversidades y no romperá su franca unión con la honradez y la conciencia humana!

Y con los labios ya fríos besó las frentes de Miroslava y Maxim.

— ¡Ahora paraos, hijos, y levantadme un poco! Además, antes de irme quisiera decir algo a la comuna que traté de servir fielmente toda mi vida. ¡Padres y hermanos! La victoria es una gran cosa para nosotros. ¿Con qué hemos triunfado? ¿Sólo con las armas? No. ¿Sólo con nuestra astucia? No. Hemos triunfado con nuestro régimen comunal, con nuestra concordia y amistad. ¡Tenedlo bien presente! Mientras viváis bajo el régimen comunal, mientras os mantengáis juntos y luchéis siempre uno para todos y todos para uno, ninguna fuerza enemiga será capaz de vencerlos. Pero yo sé, hermanos, lo presiento, que éste no ha sido el último golpe asentado a nuestra ciudadela

comunal, que asestarán otros y al fin y al cabo derrotarán a nuestra comuna. Tiempos malos vendrán para nuestro pueblo. Renunciará el hermano al hermano y se alejará el hijo del padre, comenzarán grandes discrepancias y discordias en la tierra rutena, y se tragará ellas las fuerzas del pueblo, y caerá todo el pueblo en la esclavitud de los opresores extranjeros y propios, y lo convertirán en dócil servidor de sus caprichos y en su buey de carga. Pero entre esos tormentos el pueblo volverá a recordar las libertades de otrora y bien si lo hace pronto y claramente: eso le evitará todo un mar de lágrimas y de sangre, milenios enteros de esclavitud. Pero tarde o temprano recordará la vida de sus antepasados y deseará seguir sus pasos. ¡Feliz del que viva en esos días! ¡Esos serán días maravillosos, días de primavera, días del reconocimiento popular! Contad a vuestros hijos y nietos de la vida y las costumbres de otrora. ¡Qué en los días de infortunios venideros ello viva en su memoria como una chispa ardiente entre las cenizas! ¡A su debido tiempo la chispa se convertirá en una nueva llama! ¡Adiós!

Zajar suspiró pesadamente, miró al sol, sonrió y al cabo de un minuto murió.

Por él no derramaron lágrimas ni sus hijos, ni sus vecinos, ni sus conciudadanos, pues sabían perfectamente que era pecado llorar cuando había felicidad. Lavaron su cuerpo cantando alegres canciones y lo llevaron al Claro Límpido, a la

antigua morada de los dioses de sus antepasados y, después de haberlo puesto en el santuario de piedra de cara a la imagen dorada del sol en el cielo raso, obstruyeron la entrada con una enorme roca y la emparedaron. Así se durmió para siempre el viejo Zajar Bérkut en el seno de los dioses que vivieron en su corazón y toda su vida le inspiraban ideas nobles dictadas en pro del bien de la comunidad.

Mucho ha cambiado desde aquel entonces. Hasta con demasiada certeza se cumplieron las predicciones del viejo comunero. Grandes reveses pasaron como lluvias de granizo por la tierra rutena.

El antiguo régimen comunal hace mucho que se ha borrado de la memoria y parecía habérselo sepultado. ¡Pero no! ¿No está destinado a revivir en nuestros días? ¿No somos nosotros, quienes vivimos en ese feliz período de renacimiento o, por lo menos, en la alborada de ese feliz período, del cual hablara Zajar al morir?



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BASS, I. (1972) «Prefacio» / traducción de G. Klodt / En: Ivan Franko, *Obras escogidas*, Moscú: Ed. Progreso, págs. 3-15.
- BUCHYNSKYJ, D. (1953) «Iván Frankó y la literatura española», En: *Revista de Literatura* [España], vol. 3, núm. 5, págs. 55-77.
- BUCHYNSKYJ, D. (1956) «Iván Frankó», En: *Poesía española*, núm. 56, págs. 26-29.
- FRANKO, I. (1924) En: Enciclopedia Universal ilustrada Europeo – Americana, vol. 24, Barcelona: Ed. Espasa, pág. 1127.
- ROSENTHAL, M y P. IUDIN, eds. (1959) «Ivan Iakovich Franko» / Traducción de A. Vidal Roget / En: *Diccionario filosófico abreviado*, Montevideo: Ediciones Pueblos unidos, págs. 212-213.
- FRANCO, I. (1958) La felicidad robada / traducción de J. López Ganivet / Moscú: Ediciones en lenguas extranjeras, 117 págs.
- FRANKÓ, I. (1982) Zajar Bérkut / traducción de S. Ryzvaniuk / Kiev: Ed. Dnipro, 200 págs.
- KRAVETS, Y. (2015) «Iván Frankó y el mundo hispano» / traducción de A. Yakubuv / En: *Iván Frankó. La pluma ucraniana de los clásicos hispanos*, Valencia: Reproexpres, págs. 43-58.
- KORNIYCHUK, V. (2015) «Iván Frankó, orgullo y gloria de Ucrania» / traducción de A. Yakubuv / En: *Iván Frankó. La pluma ucraniana de los clásicos hispanos*, Valencia: Reproexpres, págs. 21-34.
- MONUMENTO A IVÁN FRANKÓ EN MADRID (2017) Dosier de la iniciativa cultural, 24 págs. Online: https://issuu.com/monumentoivanfrankoenmadrid/docs/dosier_ivfrank



- PAVLYCHKO, D. (1979) «Unas palabras sobre la poesía de Iván Frankó» / traducción de R. Estrela / En Iván Frankó, *El revolucionario eterno*, Kiev: Ed. Dnipro, págs. 9-12
- PRONKEVYCH, O. (2016) «Iván Fankó, el descubridor de Cervantes», En: *VII Congreso de Hispanistas de Ucrania. Actas. Kamiantes-Podilskyi, 7 y 8 de oct. de 2016*. Lviv: Astrolabio Ed., págs. 12-21.
- SABADUKHA, V. (2015) «Iván Frankó, el Ortega ucraniano» / traducción de A. Yakubuv / En: *Iván Frankó. La pluma ucraniana de los clásicos hispanos*, Valencia: Reproexpres, págs. 67-74.
- Yakubuv, A. (2015) «Prólogo», En: *Iván Frankó. La pluma ucraniana de los clásicos hispanos*, Valencia: Reproexpres, págs. 11-15.

[En ucraniano, i.a.]

- BILETSKIY, O. (1965) «Khudozhnia proza I. Franka», «Poeziya I. Franka», En: *Zbirka prats v 5 t.*, tomo 2, Kiev: Instytut Literatury im. Shevchenka, págs. 412-501.

- ENTSYKLOPEDIA ZHYTTYA I TVORCHOSTI IVANA FRANKA (2016) Online: <http://www.i-franko.name/> [18.12.2017].

- KORNIYCHUK, V. (2001, 2006) *Poetyka liryky Ivana Franka. Anotatsiya do rukopysu dysert.*, Online: <http://www.disslib.org/poetyka-liryky-ivana-franka.html>

- TYKHOLOZ, B. (2004) «“Exclesior!” Ivana Franka yak tsykl filosofs. alegoriy», En: *Visnyk Lviv Univ.*, núm. 35, págs. 204-218

- TYKHOLOZ, B. (2006) «Tvorchist I. Franka», Online: <http://old.philology.lnu.edu.ua/tvorchist.php> [18.12.2017]

- TYKHOLOZ, N. y B. (2017) *Ivan Franko vid A do Ya*. Lviv: *Staryi lev*, 72 págs.

**ІВАН ФРАНКО.
НАЙБІЛЬШ УНІВЕРСАЛЬНИЙ УКРАЇНЕЦЬ,
ЯКИЙ ВІДІЙШОВ БЕЗ ПРЕМІЇ НОБЕЛЯ.**

(іспанською мовою)

*Однотомник «першого контакту»
поданий Об'єднанням Асоціацій
українців Іспанії для
монументалізації Івана Франка*

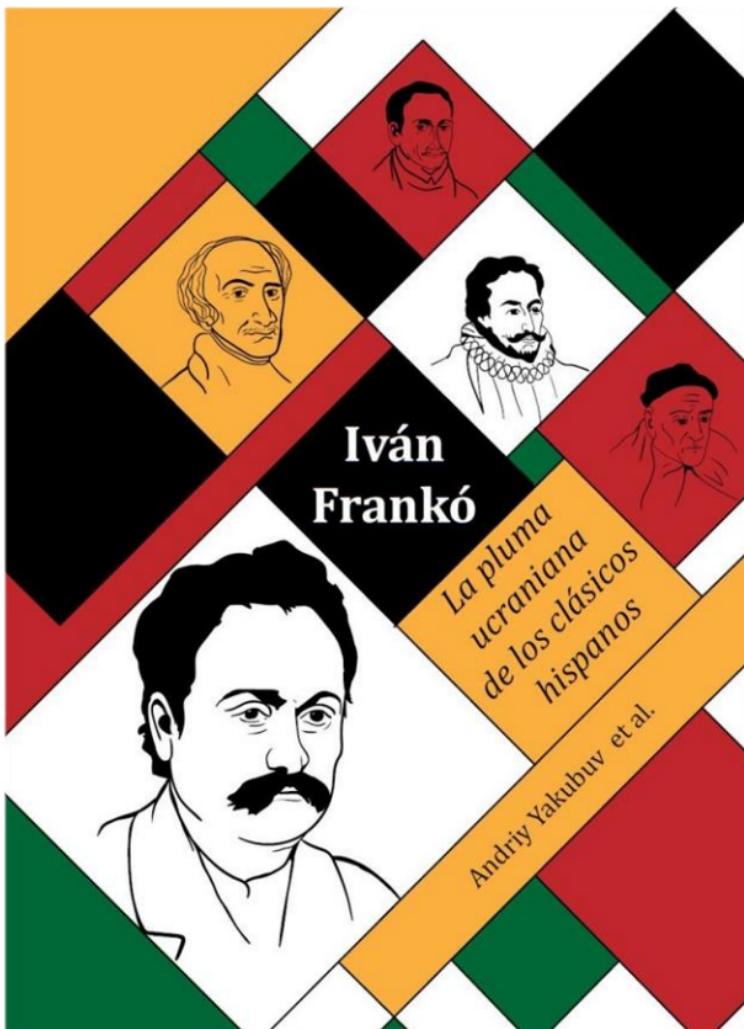
*Видається за підтримки
Міністерства Закордонних Справ України.*

Упорядник:
Андрій Якубув

ISBN: 978-84-947708-3-8

Надруковано в Іспанії

Véase también...



Valencia, 2015, 90 págs.

МІЖНАРОДНИЙ ФОНД
ІВАНА ФРАНКА



IVAN FRANKO
INTERNATIONAL FUND



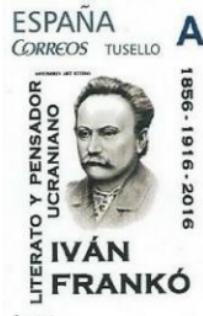
IVAN FRANKO INTERNATIONAL PRIZE
МІЖНАРОДНА ПРЕМІЯ ІМЕНІ ІВАНА ФРАНКА

www.frankoprize.com.ua

[*En portada, la medalla de este premio*]

ISBN: 978-84-947708-3-8

EJEMPLAR GRATUITO



«...El más grande poeta y estudioso ucraniano y a la vez eslavo, el doctor Iván Frankó...

Él es el mayor poeta nacional de su pueblo porque ha sabido abrir de forma total y más profunda la belleza de la lengua, él es el más grande poeta titán de su nación que ha superado a Taras Shevchenko... Este más grande poeta y escritor, cuyas canciones se han convertido en himnos nacionales, este Orientador de su nación, todo un genio internacional, se merece que la gloriosa Real Academia le otorgue el Premio Nobel aunque sea en sus años seniles, cuando el poeta está gravemente enfermo...»

De la carta de nominación del Prof. Dr. Josef Zastyretz



RUMANÍA



URSS



R.D. ALEMANIA



UCRANIA

